

Nº17 AGOSTO 2023

Tensa la cuerda que me habita
en la mañana que me muerde,
la espera de la Nada vaga
en etérea disonancia.

Distancia, Amiga Distancia, un canto mudo.
Coro de Ángeles, tu intimidad.

Paz Gaya

En este número

REVISTA DE CREACIÓN
LITERARIA Y GRÁFICA

FLORENCIA CUADRA GARCÍA
EDUARDO OMAR HONEY E.
CECILIA BARRERA
JULIÁN RINCÓN RIVERA
MABEL SIERRA KARST
JACKIE BOULTON
ALEX VALDENEGRO
SHEREZADA
DAVID BERLANGA

RUBÉN MARTÍN CAMENFORTE
JOSE MIGUEL SÁNCHEZ COLL
EPSILÓN
NEWMAN
DANIEL LIBEDINSKY WALERSZTAJN
LEIJAN
ARIADNA
FIDEL

IRENE ORTEGA GUERRERO
LALESKA CUBA FERNÁNDEZ
FERNANDO MÉNDEZ GERMAIN
LA GALERÍA: MATI
LUIS MARIANO "LUCHO"
DÉBORA POL
JESUS MIGUEL MARTÍNEZ
LENA BARLOZ

Entre dos aguas...

(Metro Paco de Lucía,
Okuda y Rosh333)



La voz de un sueño...¿O no?

No podía escribir.

Sentía que las manos le comenzaban a pesar de manera inusual, rayando en lo extraño, hasta tal punto que le impedían realizar cualquier movimiento que se preveía cotidiano al levantarse cada mañana. Las observaba con detenimiento y las reconocía suyas como cualquier otro día, pero parecían otras, actuaban como otras, como marionetas guiadas por otro cuerpo, por un *alter ego*. Pensó que estarían entumecidas por el frío, y que, con arrimarlas al calor de la ya encendida chimenea, y ejercitarlas, chocándolas entre sí y friccionando cada uno de los dedos, bastaría para que recuperasen su perdida energía.

Unos minutos más tarde, cuando creía conseguido su objetivo, percibió que se le quedaban inmobilizadas, petrificadas, cada vez que solicitaba la orden al cerebro para poder sostener con ellas cualquier tipo de instrumento de escritura, bolígrafo, papel o teclado, que le permitiera desempeñar la acción de trazar signos y convertir sonidos en palabras...Esas palabras que estaban en fila esperando como piezas de puzzle a que los avezados dedos conformaran el comprensible o incomprensible mosaico de cada día, real o imaginario.

En cambio, como acto que le parecía milagroso o incluso con toques de conjuro, empezaban de nuevo a adquirir movimiento y a presentirlas menos pesadas, en el momento en que se disponía a realizar otro tipo de tareas y actividades, lejanas al campo semántico de escribir.

No podía creerlo. Lo intentaba una y otra vez con el mismo infructuoso resultado. A medida que dirigía su pensamiento hacia una u otra opción, el movimiento o la inmovilidad cobraban vida propia. Parecía ciencia ficción. Como si hubiera traspasado la línea de la realidad en pos de la fantasía. Un espejismo que estallaba su reflejo en la cara y que recibía como un monigote dirigido por unas manos ajenas a su realidad.

Tal era su desesperación, que unos imaginados garabatos, pensados antes de ser, y que ignoraba si llegarían algún día a formar legibles grafías, le parecían kilométricas serpientes que se lanzaban hacia él embutidas en unos pies de gigante. Se recreaban ante sus ojos y se desvanecían, sin querer fijarse en el papel, en cuanto concebía la idea de coger un bolígrafo, antes de ni siquiera rozarlo. Se reían de su impotencia. Jugaban al corro mezclando sonidos y



**FOTOS: MABEL
SIERRA KARST**

fonemas que revoloteaban en su mente, pero sin que su cerebro y sus manos pudieran organizar ni juntar letras. Construir palabras, una quimera.

Distinguía sus escandalosas risas mientras practicaban pimpón con su pelo y su cara, escurriéndose del uno a la otra y fijando su bandera como puertos conquistados. Una y otra vez esos garabatos que parecían un galimatías, se volvían a escapar al intentar atraparlos, como si fueran nubes inalcanzables que creía tocar desde la ventana. Ilusión óptica. Angustia acuciante. Desalentado, tras dejar a un lado el papel y el bolígrafo, mas haciendo de su paciencia un hito, acercó sus manos a la pantalla y al teclado, por si esta vez y con esta nueva acción la suerte le sonreía, pero las aproximó con tal ímpetu, que la máquina alzó el vuelo y al aterrizar contra el suelo, provocó un estruendo que le despertó.... O eso creía. Pero no...

...Pero no era la pantalla, ni el teclado, ni tampoco el bolígrafo o cuaderno chocando contra el suelo. El ruido provenía de las idas y venidas que las personas que controlaban las líneas vitales de los enfermos, en sus rápidos movimientos de la vida de hospital, provocaban roces, sin intención, contra las puertas, camillas y muebles habilitados para sostener las bandejas de comida preparadas para el inminente desayuno.

Al punto, tras recomponerse del susto, recordó, más bien percibió, todavía aturdido por el sueño que las medicinas le habían causado, que se encontraba en un hospital tras el accidente que le había producido una lesión importante en una de sus manos. Por lo que permanecía y tendría que permanecer inmovilizada durante un tiempo. Circunstancia que le iba a impedir cualquier movimiento, por ahora, y las dudas de un futuro incierto. Observó sus manos, sonrió algo aliviado con las pocas fuerzas que le quedaban tras la pesadilla que aún detectaba por el rastro de sudor que recorría su cara, y descubrió, creyéndose ya despierto, el peso real de la escayola que aparatosamente envolvía una de ellas. Pero, sorpresa del destino, aún no. La supuesta verdadera realidad estaba a punto de jugarle otra mala pasada. No estaba en un hospital. La escayola blanca que creía que rodeaba su mano, era la típica, tónica hoja en blanco que aterroriza a un escritor y que se le presentaba limpia ante sus asombrados ojos.

Dualidad. Doble vía. Doble perspectiva que le encaminó a no saber dilucidar a qué irrealidad acogerse. Cuál era la existencia real y cuál la virtual. Respiró algo confuso y desorientado, pero aliviado a la vez que resignado, aunque preveía que pasaría tiempo antes de poder utilizar, en cualquiera de los casos, su mano de escritor. Pero no importaba, pues la total ausencia de escritura, que esperaba en la imaginación su turno, obligaba a confiar a la memoria el yo y el aquello; el hoy para el mañana. Se acurrucó en un nuevo sueño, deseado, y se recreó en esas palabras que antaño se forjaron y se fueron anclando en el recuerdo de los que oralmente las cuidaron, hasta depositarlas con sumo mimo en las manos de los afortunados labradores de trazos, que como figurillas escurridizas bailaban y las iban fijando en el escaso y delicado papel de entonces. Sin esperarlo, en un breve y deseado instante de plácida lucidez, vislumbró en hoy el futuro procedente del pasado, y pudo vaticinar que sus manos de escritor se abrirían paso, en cuanto fuera capaz de poner en marcha esos duendes de ahora y de antaño, que albergan y han atesorado nuestra impaciente imaginación.

Con Voz de mujer

Florencia Cuadra García

editorial las pequeñas cosas

El ser humano, por naturaleza, tiene sueños mas o menos realistas u imponderables. De joven es natural y sano tener ambición y abrirse al mundo. A partir de cierto momento nos encontramos en una lucha en la que están presentes condiciones y circunstancias que no hemos elegido y que juegan a favor o en contra. Con los años nos vamos cargando de experiencias, de sinsabores también, en un vino agridulce que es preciso tomar sin que llegue a ser vinagre. Los románticos tomaban vinagre precisamente para parecer más

un libro, una película, un disco, un pastelito, un paseo y muchísimas cosas mas son las pequeñas cosas de las que esta llena la vida y sin las cuales no sabríamos vivir.

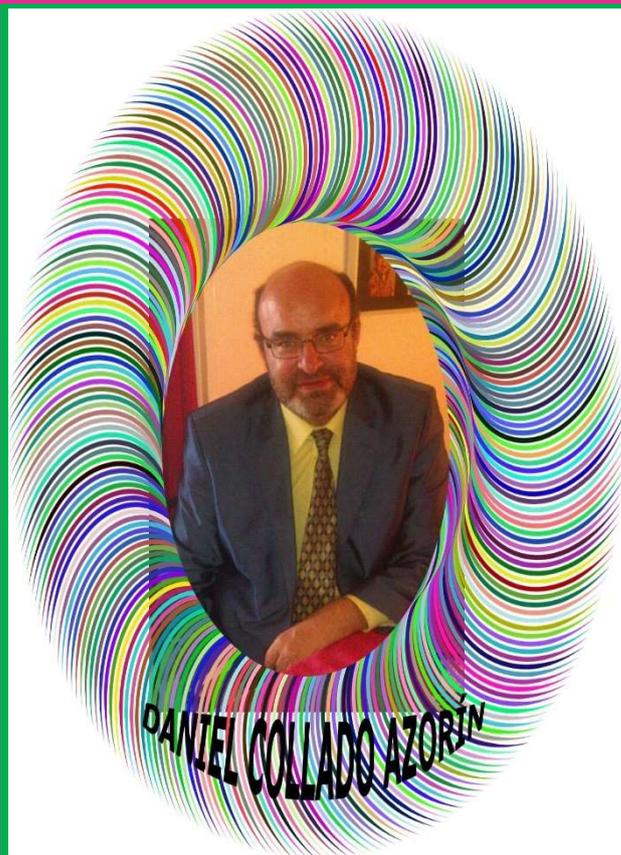
pálidos. Se llega de esta manera al conocimiento de ciertas aspiraciones nuestras que ya no serán, de ciertos imposibles en la lucha y de límites de la vida. Para escapar de la voracidad del tiempo, del tiempo donde ayer parece que no vale y mañana que nunca llega, están las pequeñas cosas, que nos pueden hacer sonreír a pesar de nuestras tribulaciones.

Dice el saber popular que no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista. Con los avances y para alarma del sistema público de pensiones es factible llegar a los 100 años con relativa buena salud. Un libro, una película, un disco, un pastelito, un paseo y muchísimas cosas más son las pequeñas cosas de las que esta llena la vida y sin las cuales no sabríamos vivir. Es un bailar en medio de la tormenta que un día nos llevará. Un abrazo a tiempo ha salvado más vidas que los mejores antidepresivos. El suicidio es la primera causa de muerte no natural.

Se dice que no somos seres racionales con emociones sino seres emocionales dotados de razón. El mundo estará siempre mal repartido y reconozco que yo no tengo la fórmula para hacer que la vida sea justa. y esto nos alcanza a todos, nadie está a salvo en el devenir. Hace muchos siglos Boecio escribió La consolación de la filosofía, que confieso que no he leído, pero lo mismo podemos decir de cualquier creencia.

Se dice que no somos seres racionales con emociones sino seres emocionales dotados de razón. El mundo estará siempre mal repartido y reconozco que yo no tengo la fórmula para hacer que la vida sea justa.

Pero si hay un consuelo en esta vida son precisamente las pequeñas cosas. Ellas nos devuelven el ser, nos traen al aquí y ahora ni más ni menos que cuando éramos niños. Voy a tomarme un café a la salud de ustedes. No dejen de hacerlo con sus seres queridos, amigos y allegados.



Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº17 AGOSTO 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 44 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

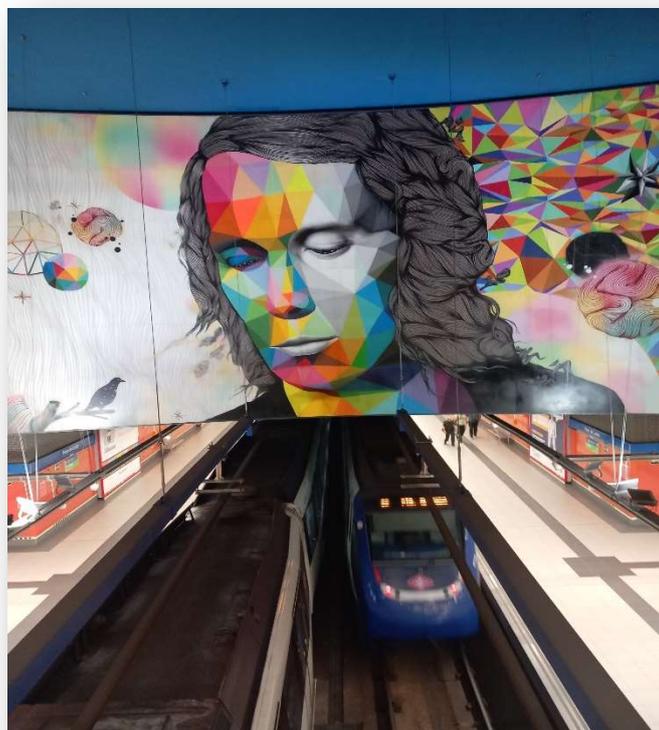
Distribución gratuita via email a los 5 continentes,
previa solicitud. 450 lectores directos,
3108 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor. El autor conserva los derechos sobre su obra.

Participantes en la convocatoria “Poesía Hoy”: (por orden de recepción)

1. Damián Andreñuk; 2. Jesús Bonilla Polo; 3. Rodolfo Perez-Luna; 4. Yuli Cruz Lezcano; 5. Alejandro Irache; 6. Diana Galindo; 7. Fran Palacio; 8. Claudia E. Saquicela Novillo; 9. Juan José Fernández Doctor; 10. Covadonga Iglesias Pastrana; 11. Darío Oliva; 12. Ítalo Cienfuegos; 13. Arnaldo Vicente da Silva; 14. Alba Pérez Valderas; 15. Miguel A. Garrido Gallego; 16. Cristian Gamero; 17. Rafael Sorroche Gutiérrez; 18. Manuel Hurtado López; 19. Jorge Cappa; 20. Jahir Guerrero; 21. Luiz Brizuela; 22. Irán Infante; 23. David Castuera Ballesteros; 24. Leonardo Rodríguez Bernal ; 25. Barbarella D´Acevedo; 26. Dayanet Polo Matos; 27. Lauren López Yera; 28. Águeda Gema Espina Zambrano; 29. Mikel Sanz Tirapu; 30. Miguel Juárez Manríquez; 31. Franco Boza; 32. Edmundo Elías; 33. María Elisa Robenolt Lenke



Paco de Lucía

METRO DEL MISMO NOMBRE

Okuda y Rosh333

Volar, sólo volar

Eduardo Omar Honey Escandón

Escuchas tu respiración. Una y otra vez. Apagaste la radio, no quieres oír todo lo que se dice desde el centro de control. Has hecho esto decenas de veces. Excepto que nunca aquí, tan lejos de donde naciste. El panel junto a la puerta indica que únicamente queda el oxígeno residual. Compruebas los sensores de tu traje, corres una prueba final para verificar que todo está listo. Activas tu radio:

—Doble revisión. Listo —comunicas con tranquilidad.

—También terminamos: tienes luz verde. Es todo tuyo el EVA.

Tocas el panel para que se abra la compuerta. Frente a ti está Plutón iluminado por un sol tan distante que parece un accidente. Con la voz activas la música que siempre te ha acompañado: el remix del «Bach G minor» hecho por EduTry. Te tomas del marco de la puerta para acuclillarte, cierras los ojos mientras te sumerges en la melodía y te impulsas con las piernas y los brazos para salir. Tu cerebro dice que caes rumbo al planetaide que tienes frente a ti. Sin embargo, estás prácticamente ingrávito. A esta distancia, Plutón no tiene masa suficiente para atraerte con fuerza. Tampoco estás nervioso por tener no más de dos centímetros de diversas capas de tela, aislantes, metales y otros compuestos entre tu cuerpo y el vacío que te rodea. Sin esa protección, hervirías y te congelarías casi al mismo tiempo. Estás aquí para tratar de romper tu propio récord, cumplir tu sueño. El blanco cordón umbilical que te une a la nave se desenrolla lentamente. Esta vez serán sólo cinco kilómetros. Con tu fama y lo que ha costado llegar a este lugar, la Comandante no quiso tener que correr riesgos de más. Abres los ojos, quieres mirar cómo la superficie se aproxima, aunque el proceso llevará varias horas. En su



momento sentirás el tirón del conector cuando se tense. Mientras quieres entregarte a la sensación de caída. Te corriges: no es caída, hoy es momento de volar.

—¿Por qué sigues en la cama? —pregunta tu madre cuando entra al cuarto—. ¿Te sientes mal?

—No, mamá, no quería despertarme —contestas con tristeza a la par que tu madre se sienta en la cama y te acaricia la sien—. Soñé que estaba en un enorme prado verde iluminado por el sol de mediodía. Estaba feliz, tan feliz que empecé a brincar. Con cada brinco tomaba más impulso y me elevaba más. Seguí brincando y por fin alcancé las nubes. Ya no caí, volé por encima del prado por muchas horas. El viento me pegaba en el rostro, jugaba con mi cabello. Creo que era feliz como nunca lo seré. Quiero volver a sentir esa libertad, esa alegría, quiero regresar allí. Tu madre te abraza mientras sollozas por el sueño perdido. La superficie de Plutón cubre todo tu campo visual. Entonces sientes el tirón de tu línea de salvamento y, sin dejar de percibir que sigues descendiendo, tu trayectoria se modifica un poco. La nave por encima de ti te jalará lentamente con el fin de que también

adquieras aceleración de forma horizontal. Se activan pequeños cohetes en el almacén que está a tus espaldas para corregir levemente tu dirección y sentido. La computadora del traje te avisa que todo está en los límites establecidos. La música sigue sonando. *Llevas meses entrenando con el grupo de paracaidistas. Hoy será tu décima ocasión. Vibra bastante la avioneta en la que vuelan, pero todos están sonrientes. Comparten este momento, tanto el rito previo como el posterior. El piloto indica que ya están a la altura y posición correcta. El que está junto a la puerta corrediza hace el honor de abrirla. Cuando está listo hace la señal de siempre y se lanza. Uno tras otro salen. Hoy optaste por ser el último. Brincas y el aire resuena en tu alrededor. Los demás casi están en posición para formar una flor. Abres los brazos con el fin de frenar tu descenso y miras hacia abajo consciente de la cámara que está unida a tu casco. Ser el último conlleva también la responsabilidad de registrar debidamente las acciones del grupo e individuales. El líder indica que es momento de separarse. El grupo lo hace así y los paracaídas se abren como si fueran fuegos artificiales en telas de diverso color. Para ti no es suficiente, sólo han sido unos segundos. Aún intentando frenar con brazos y piernas, cruzas el plano donde tus compañeros ya descienden colgados por sus paracaídas. Apenas pasando el límite de seguridad abres el paracaídas y te deslizas al punto de encuentro. En tierra el líder del grupo está enardecido y va en tu busca. Te regaña, pero no le prestas atención. Te acaba de llegar el mensaje de que has sido aceptado en la Academia del Espacio.*

La computadora del traje indica que sigues en la trayectoria esperada. No han sido necesarias otras correcciones. Esta será la última vez que te permitirán hacer algo así. Te has vuelto símbolo de la importancia de conquistar el espacio exterior, aprender a vivir en el vacío e iniciar la expansión a otros planetas y, pronto, a otras estrellas. Sabes que, a cambio de hacer este viaje, vendrán meses y años donde tendrás que ser entrevistado en múltiples idiomas, acompañar a políticos en sus campañas, asistir a festivales y cenas de gala, hablar ante cientos de miles de niños y adolescentes para que decidan salir de la Tierra, escribir algún libro y, quizás, tener un cameo en una película que honre tu vida y tus hazañas.



Por eso has estado planeando hacer algo único, especial, para esta última ocasión.

—Computadora, corre simulación del plan de apoyo. ¿Es factible?

—Ejecutando.

Mientras esperas el resultado que no te detendrá aunque no sea favorable, abres comunicación de nuevo con la nave. Tal vez sea lo último que escuchen de ti. *Tras años de entrenamiento en tierra, órbita baja y puntos Lagrange adquiriste mucha habilidad para maniobrar en el vacío, eres un genio en el Extravehicular Activity o EVA. Podías usar el equipo mínimo y maniobrar de módulo en módulo en las estaciones espaciales. O portar una de las mechas, robots de control humano, que se unen a los trajes espaciales en las estaciones más avanzadas como Petipa en L5. Aprendiste a manipular objetos grandes como si fueran pequeños usando las líneas de seguridad para maniobras que pocos podían ejecutar. Todo esto era mucho más satisfactorio que lanzarse en paracaídas. Pero aún no era suficiente. Por las noches en tu litera, mientras el demás personal dormía, recordabas aquel sueño y la sensación que te produjo. Sabías que debería haber una forma.*

—¿Ya miraste las noticias? —te comentó un día uno de tus compañeros del escuadrón de reparación apenas entraste al comedor—. Hay unos tipos allá afuera a punto de hacer un slingshot.

Te fijaste en la pantalla: eran unos corredores de velocidad que iban de lugar en lugar con trayectorias óptimas para la aceleración de honda, el slingshot: caer hacia el planeta de forma tal que se es lanzado a enorme velocidad a otro punto. Ya era una técnica muy vieja en los albores de la conquista del espacio. Pero se estaba convirtiendo en un deporte extremo. No despegaste la mirada de la transmisión mientras sucedía la aproximación a Júpiter y gritaste de emoción cuando esa pequeña nave salió disparada rumbo a Saturno. Entonces se te ocurrió algo. Durante las semanas siguientes hiciste cálculos y corriste simulaciones en tus tiempos de descanso. Ya con un plan claro y factible lograste convencer a varias personas para que fueran parte de lo que llamaron tu «locura». Modificaron uno de los trajes EVA, consiguieron ser transferidos a una órbita baja y, finalmente, llegó el día en que todos se subieron a un vehículo de transferencia. Saliste al vacío a varios miles de kilómetros de la superficie terrestre, te arrastraron con el cordón de seguridad y la computadora te soltó en el momento correcto. Saliste proyectado como un bólido que hizo un paso tangencial sobre la Tierra. El mecha añadido a tu traje corrigió la trayectoria y velocidad más de una vez. Miles de kilómetros más adelante te atraparon para volver sanos y salvos.

No pudieron regañarlos. La transmisión en vivo y directo de tu hazaña rompió récords de audiencia y de súbito muchos quisieron entrar a la Academia. Tras varias discusiones, el Alto Mando aceptó tus planes y cada vez fueron por retos mayores: Marte, Venus, varias de las lunas de Júpiter, anillos de Saturno, Ceres y Urano. Era la ventaja del vacío: no había una atmósfera que te frenara.

—Comandante —comentas por la radio—, voy a seguir un plan alterno. Está ya cargado en su computadora. Si todo sale como lo calculé, tendrán que mover un poco la malla de captura.

—¿Cómo? ¿Qué...? —alcanza a decir la Comandante antes de que cortes la comunicación. Das la orden y el armazón de navegación acelera de súbito y baja un poco la trayectoria. Luego, con suavidad, se separa y te suelta. Tú y tu frágil traje sobrevuelan la superficie de Plutón. Como un guiño tuyo, extiendes los brazos al frente.

El futuro no importa. Estás volando con la libertad y la alegría del sueño, tu sueño, aquí, hoy.

LUZ LUNAR

En todo acaecer
dondes moras
acaso tu presencia
no es vigilia
compañera, cuál radar
vislumbras
todo rostro solitario
que no mira.
¿Qué misterio sostiene tu peregrinar
nocturno ?
todo rastro que iluminas
Vuelves al lugar de siempre
abriendo sombras.

Cecilia Barrera

BUSCAR

Buscar soltar pena
desde tu íntimo
reptar paredes
creciendo la noche suena
resuena
en el cuerpo
sigue creciendo
y la mañana
te aniquila
soltando buitres
sacudiendo la ira
y los poros avecinan el sudor del día.

La Nota

Julián Rincón

A la derecha, pegada en el borde de la pantalla del computador con cinta transparente, aparece la notita que un día me dedicó.

Es un pedazo de hoja arrancada de una agenda. No dice mucho, pero está cargada de una intención sincera y verdadera.

Fue ese día que estuvimos juntos. Ella cogió mi agenda sin mi consentimiento y estampó su caligrafía en lo que eran solo hojas mías, sin intrusos ni extraños que mancharan mi rostro allí configurado.

Cuando la vi, esa caligrafía extrañamente elegante y bien formada, supe que alguien había entrado en esa pocilga oscura, solitaria y desordenada. No pude hacer más que darle la bienvenida y agradecerle el atrevimiento.

Me sentía querido, pero era un querer que no deseaba ni buscaba. Lo sentía incompleto, de a pocos y goteando. Yo quería todo su querer, toda su atención y comprensión. No quería sobras ni pocos de nada, lo quería todo y de una sola vez.

Yo la abracé y la besé por la nota. Ella dijo que lo hacía con cariño. Ahora, no sé de cuál cariño se refería.

Aún no sé si seguir esperándola o no. Supongo que el tiempo negará la intención

No la leo mucho ya que me la sé de memoria. En ocasiones lo hago, siempre a la misma hora, cuando estoy triste y melancólico. Cuando la soledad no basta, cuando mis fuerzas no aguantan. Es una pequeña proporción de aliento en un ambiente que parece lo bastante pesado como para seguir andando. Sirve de recuerdo, más que nada, porque yo vivo de recuerdos y si hablo de recuerdos es porque ella ya no está, no está en su forma real y tangible. Ella se fue un día, sin despedirse, sin decir adiós. Solo dijo que volveríamos a encontrarnos, pero no dijo cuándo.

La tengo pegada, y su visualización me hace recordar. Es la nota del recuerdo, un recuerdo que

se va disipando con el tiempo, perdiendo su poder y pesadez. Una nota como una hoja cualquiera, como la recomendación de Stephen King, como la anécdota del viejo Bukowski. Una excusa más para seguir adelante, pero entendí que no necesito más de ello. Son solo adornos para transformar el entorno.

Aún no sé si seguir esperándola o no. Supongo que el tiempo negará la intención.

Tengo la notita allí pegada que es sinónimo de su recuerdo, pero ¿De qué me sirve su recuerdo si no la puedo disfrutar a ella física, pura y real?

No la quito, la dejo allí mismo. Si me importara mucho, la arrancaría sin pesar alguno o la leería con repetido dolor y remordimiento. Simplemente sigue allí, como la confirmación de algo que ya pasó.

De eso me sirve el recuerdo, para aprender si es que puedo, para darle un valor que trascienda lo anecdótico, lo educativo, lo evocativo. Dicen que recordar es vivir, yo creo que recordar es vivir dos veces, tener una segunda oportunidad, ¿Para qué? Para repetir los mismos errores, esperando un final alternativo...

Retrospectiva

Me despierto con la respiración agitada y el corazón como un caballo desbocado, mi cerebro esta desorientado ante tanta conmoción. ¿Que me pasa? Me levanto de la cama y sin prender la luz, camino hacia la ventana de mi cuarto. Desde allí observo a una mujer en un banco solitario bajo la luz de un farol. Parpadeo varias veces para enfocar mejor aquella visión.

Ella permanece sentada viendo el celular hasta que recibe una llamada. Se levanta y se dirige hacia un hombre que la está esperando. Él quiere abrazarla pero ella lo aparta. No hace falta escuchar lo que hablan, sus gestos y movimientos lo dicen todo. Están discutiendo.

Comienza un fuerte viento arrojando las hojas ya marchitas de los árboles. Esas hojas secas que una vez fueron verdes y fuertes la envuelven en una espiral formando a sus pies una alfombra densa de viejos sentimientos. Sorprendentemente, emergen del suelo unos barrotes cubiertos de ramas con espinas, que la separan de aquel hombre.

El estira sus brazos para tratar de retener su cuerpo, sin entender qué sucede. Coloca la mano derecha sobre su corazón que está como un cohete a punto de despegar. Ya no la ve más. Ella se sienta acurrucada en el piso, metiendo la cabeza entre sus brazos. Comienzan a caer copos de nieve. Ella titirita de frío, congelando sus pensamientos.

Una fuerte brisa la empuja hacia los barrotes con espinas, causándole varias heridas. Sus gritos se revientan por dentro. Gira su cabeza hacia atrás y ve senderos invisibles por los cuales decide caminar. Se sofoca por el calor ardiente que la abraza y brota de su piel un arroyo de hermosos recuerdos no olvidados. En su recorrido se tropieza con un bolso con la palabra esperanza. Lo recoge y prosigue su camino.

Sus pies sangran de tanto andar, pero la luz de una vereda de girasoles que brillan como el sol, poco a poco, cicatrizan sus heridas hasta que logra llegar al mismo lugar de donde había partido. Esta frente aquellos barrotes cubiertos de ramas con espinas. Abre el bolso y abraza a la esperanza. Los barrotes desaparecen y las espinas se transforman en rosas formando un sendero que la llevaría hasta aquel hombre que permanece con la mano derecha en su corazón.

En ese momento siento que aquella

mujer traspasa mi cuerpo. Volteo hacia el interior de mi cuarto y veo que aquel hombre está durmiendo en mi cama.

Pida su ejemplar

de la Revista

en el email

especojocaminante@gmail.com

Jackie Boulton

Sonetos

Alex Valdenegro

Soneto I, Deshielo

Escarcha de un invierno adelantado
así llegó tu beso prometido
por calor de mi cuerpo derretido
primeros soles de un amor negado.

La bella sensación de haber llegado
pese a nunca siquiera haber partido
y perderse en ese abismo invertido,
un cosmos de caricias habitado.

Vapores del deshielo que en subida
van prontas nuestras manos a advertir
y despertar aquello que aún duerme.

Curioso es el camino de la huida,
premura de entregarse al devenir
para yacer desguarnecido, inerme.

Soneto II: Vitral

Como un cristal perfecto, immaculado,
una alquimia de la arena y el metal.
Vista de plata, lágrimas de sal.
Transparente reflejo ilimitado.

Son ojos del cielo, de iris perlado,
plumas de ave de un paraíso astral.
Incitan al vuelo alas de cristal,
copa de rocío y botón florado.

Enigma de respuesta inusitada
captura la tosca naturaleza,
quien absorta y en quietud yace abrumada.

Da luz, aunque lo oscuro la atraviesa
cual sombra de la muerte; es la mirada
vital del universo y su belleza.

Soneto III: De óptica, espejos y espejismos

Aunque bruñido haya sido el metal
esa luz se disipa en el vacío
su fulgor no acopla con el mío
ni por mucho que se limpie el cristal.

La lente, hecha de lágrimas, de sal,
va arrastrando su imagen como un río
que arremete contra ese sutil navío,
pena de ser errante y fantasmal.

Pero he de arrastrarme hacia ese espejismo
me auxiliarán brújula y catalejo
para evitar que caiga en el abismo.

De creer que somos solo un espejo
ignorando las réplicas del sismo
que en mi pecho produce su reflejo.

Soneto IV: Una brisa de existencia

Un día desperté a una cama atado
Aturdido, nublado, sin tu aroma
Como saliendo de un infame coma
Todo era limpio, pulcro, desolado.

Por ti rogué a todos desesperado
Que crueles me tomaron para broma
Almas viles, donde bondad no asoma
Ellos dicen que todo lo he soñado.

Y ha sido solo absurda fantasía
Que tus ojos, tu pelo, tu sonrisa
Son la obra de un alma que desvaría.

Pero me llega de pronto una brisa
Trae tu aroma antes que muera el día
Y te capturo bajo mi camisa.

EN APUROS

Sherezada

2:45 pm Llega montado en su flamante bicicleta, «aguantar solo hasta que Marlen consigne», piensa mientras desmonta a la carrera, «ya no debe demorar». Maniobra veloz al caballito de acero directo al parqueadero de bicicletas, entonces, un terror lo invade. No hay espacios disponibles.

2:47 pm Es muy tarde «no puedo dejarla, ¿Cómo llegó a la U si me la roban?». Mira para ambos lados, el reloj avanza en su marcha inexorable. «¿Qué hago? ¿Qué hago?». Espera. Tal vez algún lugar del parqueadero se desocupe.

2: 50 pm Camina de arriba abajo, como a un niño que le urge entrar al baño. Deja la bicicleta en un pastizal y calcula que la puede ver por los ventanales del banco, sube los escalones de entrada pero desiste por el miedo abismal a perderla.

2:52 pm Desesperado coge su caballito y lo levanta, así izado como un bebé juguetero sube los escalones otra vez «¿El joven para donde cree que va con ese armatoste?», mira al celador y decide que se ve buena gente, tal vez comprenda «Es que necesito retirar una plata y hoy es viernes fin de mes...», «No, con eso no puede entrar, parquéela primero», «Es que no hay lugar».

2:54 pm El celador nota la necesidad, la urgencia de pagar la renta antes de ser desalojado, solventar la deuda con los pocos ahorros que la hermana dejó antes aventurarse para el norte con las ganas puestas pero sin regla en los papeles. «Venga joven yo le facilito». El celador también tiene un primo que se fue, sabe que esperar la remesa es un hilo de esperanza.

2:57 pm Corre, encadena su preciada bicicleta de la rueda a un fierro de una reja, cierra en candado prestado por el celador, «Tan buena gente el man». Corre de regreso.

2:59 pm Lo logra. Entra triunfante al banco que cierra sus puertas un minuto después. «Hágale hermanita, mándenos platica rápido que esto es lo último y la vieja se está maluquiando», invoca en silencio mientras hace la fila de rigor con el recibo de retiro en la mano.

3:08 pm Sale del banco. En sus bolsillos asoman unos billetes, un mes de arriendo, algo para echarle al buche. Ya no alcanza para los materiales de la universidad, pero no importa. La remesa no demora.

3:09 pm Llega a la reja donde lo espera una solitaria rueda de bicicleta.



Visite la web del editor

Escritordaniel.es

La recurrencia de Walden

David Berlanga

¿Quién no ha pensado alguna vez en dejar el tumulto de la urbe por el sosiego de la naturaleza? La idea de dejar a un lado la rutina, esa pendiente resbaladiza de los días y las noches, es cada vez más recurrente. Todos hemos escuchado a algún conocido exclamar hastiado que lo dejaría todo y se iría a un pueblo. Ponga en esa frase un «pueblo», una «cabaña», al «monte» o similares. Es más que probable que incluso usted, lector, haya formulado esta idea ya sea para uno mismo o en público. El denominador común está en dejar de lado el ajetreo cotidiano por la calma del agro, pero ¿por qué surge esta idea?

A nadie se le escapa que, si hablamos de servicios y oportunidades laborales y de ocio, la concentración urbana de las ciudades, se lleva la palma. El concepto *pueblo* entendido como la contradicción de la urbe, no puede competir en esos planos. Sin embargo, parece capaz de poder seguir compitiendo en otras cuestiones a los que la masificación no consigue cubrir.

Pros y contras: ciudad o campo

Las ciudades más pobladas de España no son, ni mucho menos, nuevas. Llevan creciendo siglos, algunas de ellas, han pasado por las manos de diferentes imperios, culturas y, por lo tanto, de diferentes historias. Lo que de nuevo tienen las ciudades son sus zonas metropolitanas, construidas a gran velocidad sin tener en cuenta detalles básicos como: la calidad de los materiales, el tamaño idóneo de los espacios para el desarrollo del individuo o el espacio entre vecinos. Los bloques de pisos se convirtieron en el nuevo hábitat de nuestros paisanos allá por los años 60 del siglo pasado. Desde entonces, no hemos dejado de abandonar los cultivos y la vida rural en pos de habitar ese enjambre que llaman finca de pisos. Para muchos, el pueblo que dejaron atrás se ha vuelto una suerte de retiro vacacional donde reencontrarse con familiares algún que otro fin de semana o, con suerte, en las fiestas estivales. Este éxodo rural hacia las ciudades se explica fundamentalmente en términos laborales. En suma, por dinero. El agro da para lo que da y no tiene la seguridad que ofrece un salario mensual, por muy precario que este sea. El salto del agricultor al asalariado o funcionario, es un salto que

experimentaron todos los países occidentales y que hoy lo hacen los orientales. Pero entonces, ¿qué queda en los pueblos?

Los pueblos de España que siguen habitados, pues ya podemos encontrar pueblos fantasma, lo están en su gran medida por agricultores y jubilados que siempre estuvieron ahí y ahí se quedarán, seguido de jubilados que (por fin, piensan) pueden dejar el zumbido de las ciudades y sus extrarradios para volver de donde partieron. La actividad económica de muchos pueblos pequeños se reduce a una



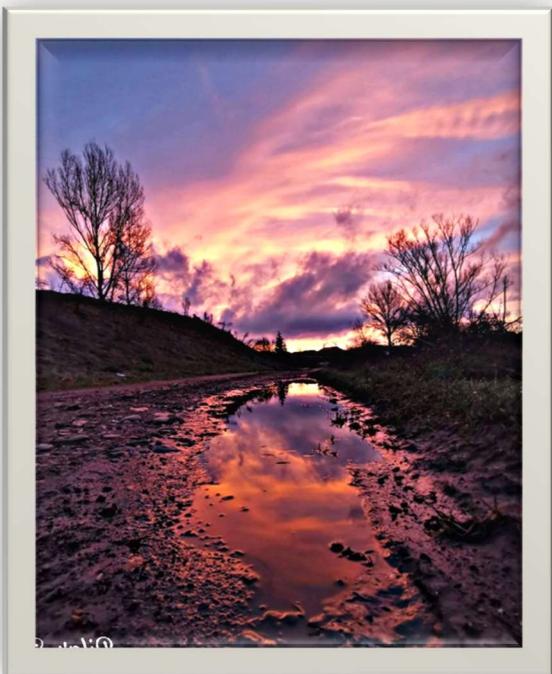
pequeña tienda con elementos básicos y un bar donde se reúnen los habitantes a modo de ágora. Siendo este el panorama que se nos presenta, cabe otra pregunta, y es que ¿qué será de esos pueblos y aldeas una vez fallezcan sus ancianos? ¿Se convertirán los pueblos en algo sin vida excepto en periodos vacacionales? La respuesta, no la sabemos, pero se intuye desoladora.

La España vacía

Ahora bien, y esta es la pregunta que debemos hacernos, ¿debemos dejar que las aldeas y pueblos del país sigan deshabiéndose a marchas forzadas? Y si no es así, ¿hay algo que pueda / deba hacerse? La pandemia de 2020 trajo con ella un inolvidable confinamiento, y muchos de los ciudadanos con segunda residencia en una localidad apartada con baja densidad de población aprovecharon para pasar ahí su encierro. Mientras tanto, aquellos muchos desafortunados que se quedaron en las colmenas de la urbe padecieron en sus propias carnes los sinsabores de la acumulación social en espacios reducidos. Hay quien se dio cuenta que no soportaba a su familia, o peor, que no se soportaba a uno mismo. Aquellos que huyeron al campo, lo hicieron siguiendo una inclinación natural que responde a la pregunta con la que empezaba este texto, y es que, parece que, en el fondo, mucha gente quiere vivir en lugares de baja densidad de población, pero no lo hace por diferentes cuestiones.

El confinamiento de 2020 fue una oportunidad para poner en práctica aquello de «¿y si me fuese a vivir a un pueblo?». Los resultados de este experimento social improvisado fueron muy variopintos, pero de lo que no cabe duda es que muchos de estos idealistas del campo se retrataron frente a frente con su propia nostalgia. Esa *morriña* galega, ese romanticismo del hogar ancestral entre campos o montañas, conviviendo con la misma gente día tras día, esa paz, se volvió angustia existencial al más puro estilo danés.

La paz del campo es una idea preciosa para el ajetreado habitante de la ciudad: jinete de buses y metros, y minucioso contador de minutos. Sin embargo, el campo tiene un tipo de paz que los urbanitas en realidad no soportan, y es la paz de la nada. La nada más absoluta se manifiesta en la vida rural como un continuo, dilatando las horas y los días hasta el agotamiento existencial. Imaginen una población en la que solo existe un bar, una tienda y el resto de cosas están dispersas por otros pueblos aledaños. A eso, súmele que el contacto con los vecinos es mucho más directo que en la urbe; en la finca de vecinos puedes pasar años de vida sin conocer el nombre de un solo inquilino.



En el pueblo, olvídate. El pueblo se parece más a aquello de Fuenteovejuna, conocerás la vida pública y personal de sus habitantes, sus fallos y sus aciertos y, por supuesto, ellos sabrán de ti. La intimidad e individualidad a la que está acostumbrado el urbanita se disuelve en un totum revolutum de vidas y chismes que pueden tener su gracia y utilidad, pero también su parte negativa. Cuente usted conque la vida social del pueblo se genera en tres localizaciones, a lo sumo. Y en esos lugares, lo que se hace es hablar, de otros, generalmente, o distraerse con juegos de mesa. Si por el contrario ya se ha hartado de esa vida social, puede quedarse en casa, pero la cosa no mejora. Si usted no sabe estar a solas

consigo mismo, puede descartar la idea del pueblo. Creo, es un requisito fundamental. He aquí cuando aparece la angustia existencial, al no haber nada que hacer, al no haber opciones de desarrollo intelectual o entretenimiento vano, pues no hay opciones para ello. Sí, hoy tenemos redes sociales, internet y televisión en los pueblos (sin eso, no quedaría ni una sola persona en ellos, hagan la apuesta), y también puede llevarse libros. Pero para adquirirlos, debe desplazarse, si es que puede,

hasta algún otro pueblo que cuente con librería (suele ser una papelería con libros de títulos manidos o de temática escolar: es el mercado, amigo). Todas esas distracciones acabarán por dejar de distraerle en algún momento y tendrá que vérselas usted con usted mismo.

Puedo trabajar, volver a casa y tirarme un fin de semana entero sin salir de ahí. Pero lo que marca la diferencia entre un encierro y otro es la idea de *posibilidad*. En la ciudad tienes casi infinitas posibilidades abiertas, en el pueblo puedes tener un puñado de posibilidades, muchas de ellas más que gastadas.

Problema para el que nunca se ha hablado a sí mismo con sinceridad. Y créanme, esa situación puede doler, y mucho. Darte cuenta de tu pereza, de cómo tu mente intenta distraerse sin poder, de ver cómo quieres que se acabe el día, de hartarte de los paseos por los mismos lugares, puede ser desolador. Además, hay una cosa que debemos tener en cuenta. En la ciudad, puedo estar en un piso encerrado durante horas sin grandes problemas. Puedo trabajar, volver a casa y tirarme un fin de semana entero sin salir de ahí. Pero lo que marca la diferencia entre un encierro y otro es la idea de *posibilidad*. En la ciudad tienes casi infinitas posibilidades abiertas, en el pueblo puedes tener un puñado de posibilidades, muchas de ellas más que gastadas. La capacidad de pensar que «estoy en casa, pero podría ir a cualquier otro lugar» hace que la mente no se inquiete. Sin embargo, la idea de «estoy en casa porque no hay nada más que pueda hacer» se puede convertir en una desesperanza.

Esto es lo que les pasó a muchos de los intrépidos urbanitas que creyeron ser una especie de Thoreau moderno al adentrarse en el corazón de las praderas. Se encontraron consigo mismos, y no se gustaron; se encontraron con la paz, pero se convirtió en cenagosa nada; se encontraron con el tiempo libre, y no lo soportaron. De ahí que, aun con la posibilidad del trabajo a distancia, los pueblos, no se hayan repoblado. Ni mucho menos, hay un plan para hacerlo. El personal ha decidido teletrabajar desde su piso en zona metropolitana rodeado de ruido y estresores, a pesar de todo.

Ante este panorama, y viendo que hay mucho más atractivo natural en la tenencia de oportunidades ilimitadas que ofrece la ciudad (aunque después no se materialice un porcentaje muy elevado de las mismas, como se ha dicho), parece que la vida rural puede estar tendiendo en nuestro país a su desaparición o, al menos, a convertirse en una cuestión residual, dividiendo más si cabe la realidad del agro y la urbana. Si teniendo todos los medios para volver a aquella Atlántida que fue la vida rural, no se hace por excusas varias, es porque tal vez esa idea no sea más que una quimera. Tal vez, el urbanita no puede dejar de ser urbanita, y esto genera una esquizofrenia residencial.

La esquizofrenia residencial a la que nos remitimos es la ya expuesta. Se trata ni más ni menos que en invertir el propio dinero y bienes en un lugar masificado o en vías de masificación mientras se piensa en lo bien que viviría uno en una zona despoblada. ¿Por qué no invierte en vivir en una zona despoblada pues? diría el observador externo. Siempre habrá alguna excusa para no hacerlo, ponga usted la que quiera: trabajo, amigos, rutina, servicios, acomodamiento, hipoteca, ocio, etc. La realidad es que, aun teniendo más servicios hoy en el agro, como puede ser internet y la televisión, no llegan a persuadir a los individuos que pululan por las ciudades pensando que deberían vivir en un pueblo.

Tal vez en el fondo, estos urbanitas esquizofrénicos del lugar, en esa división constante, no quieren aceptar que, de alguna manera, viven mejor en la masificación. Si no fuese así, ya se habrían ido.

Pero como decíamos, aquellos temerarios que en la pandemia de 2020 se adentraron en el corazón de las praderas y se vieron reflejados a sí mismos, entendieron que la idea de vivir en el campo es buena siempre y cuando no se materialice. Si llegase a materializarse, sería tanto o más indeseable que la vida del extrarradio urbano. Quizás por eso debemos entender España como vacía y no como vaciada, pues sus gentes deciden vivir en ciudades masificadas, pero esquizofrénicamente piensan que no puede ser de otra manera, cuando en la mayoría de los casos, no es así.

¿Es Walden hoy una mera quimera?

Corría el año 1845 en Concord, cuando Henry David Thoreau decidió dejar la vida civilizada y adentrarse en el bosque para ver si podía vivir con sus propios medios naturales. Se construyó una cabaña con los mínimos enseres y con el mínimo presupuesto a orillas del lago Walden, como también bautizará a la obra hoy famosa en donde relata su experiencia y reflexiones al respecto. *Walden* es un testimonio de cómo incluso hace casi dos siglos ya existía cierto sentimiento de buscar la vida radical en la naturaleza, alejada de la convención y del habitar común. Allí pasó alrededor de dos años y su experiencia no deja indiferente. Puede que la cita más famosa de la obra sea: «Fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentándome sólo a los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, no fuera que cuando estuviera por morir descubriera que no había vivido». Aunque he de decir que la obra está plagada de buenas reflexiones y frases que hacen sentar cátedra. No tiene desperdicio. Ahora bien, dejar de lado la civilización e intentar vivir con los propios medios durante tan solo dos años, ¿es algo deseable para alguno de nuestros conciudadanos “esquizofrénicos”?

De vez en cuando aparece una noticia de algún famosillo deslumbrado por los focos que intenta emular la fórmula de Thoreau y se esconde en una casa de campo en alguna serranía bien comunicada. Thoreau pasaba el tiempo paseando, pensando cómo encontrar comida, haciendo chapuzas, leyendo, escribiendo, pero sobre todo, observándose a sí mismo. También tuvo numerosas visitas, no fue un eremita llevado al extremo. Pero, aun así, mantuvo su máxima vital de «¡Simplicidad, simplicidad, simplicidad!» y a la que nos invita en su obra reflexiva a modo casi de memorias que es *Walden*. Sorprende la actualidad de las reflexiones a pesar de contar con casi dos siglos de antigüedad. La frase «Los hombres están donde están por falta de iniciativa y de fe, compran, venden y pasan sus vidas como siervos», retumba harta actual. Los hombres siguen siendo incapaces de salir de ese círculo vicioso esquizofrénico repiqueteado con el mantra: *quiero, pero no puedo*. Thoreau diría, ¿y por qué no?

Este autor, como tantos otros, defiende la soledad como un estado necesario y saludable del ser humano. Al menos, pienso, del ser reflexivo, con ímpetu por saber más, aquel que tiene un mundo interior inagotable. Y aunque la compañía viene bien de vez en cuando, Al fin y al cabo, nos las vemos con nosotros mismos constantemente. Intentar esquivarnos a nosotros mismos es un burdo sinsentido.

«Creo que es saludable estar solo la mayor parte del tiempo. La compañía, incluso la mejor, se hace pronto cansina y nociva. Me encanta estar solo. [...] Normalmente estamos más solos cuando nos reunimos con los demás que cuando permanecemos en casa»

Walden, Thoreau.

Tal y como pasaba hace dos siglos cuando Thoreau escribía estos pensamientos, la naturaleza es un lugar de evasión del pensamiento, pero no un lugar de construcción del mismo en el que se pueda vivir completamente. Así al menos, parece entenderse popularmente hoy en día. Ir a la montaña está bien, siempre que sea un fin de semana. Las vacaciones en un caserío pueden ser reconfortantes, si no duran más allá de una semana. ¿Será acaso que hay espíritus a los que les duele en exceso la soledad? ¿Serán los seres como Thoreau una rara avis y de ahí el éxito de su libro? El libro se reedita una y otra vez, tal vez porque, como en las novelas de aventuras, nos reconforte imaginarnos haciendo algo a través de las palabras de otro; algo que por muchas vueltas que le demos a la idea de escapar de los núcleos urbanos, en el fondo, sabemos que nunca sucederá.

EL EQUILIBRISTA

Rubén Martín Camenforte

Esa mirada recelosa desde la torreta a la red bajera... Todo progreso requiere de abundante paciencia, así que le daré tiempo. Desnudo, apunta maneras: llamadme ratita rara. Lástima que decepcionara las expectativas de nuestros invitados. Si mi tío no las hubiera engordado... Como adolece de medida, montó una carpa de circo en los alrededores de la mansión familiar. A lo suyo, insistía: “¡También canta sin desafinar!” Muchos carcajearon. Claro que canta. ¡Más aún, incrédulos! El señor Lancaster, incluso, me ha enseñado unos pasitos de foxtrot. Es una mascota excepcional, pero lo apesadumbramos. Mi progenitora lo ha disculpado por ese lado imprevisible de los casi extintos humanos. Quizás sea eso. Mi progenitor, una fuente de sabiduría sin igual, argumenta que son seres emocionales y que... así les fue.

¿Qué es Clara?

Cinco letras, una palabra. Es aparentemente signos. Una delimitación. ¿Qué es delimitar, qué delimita? Delimita un marco de realidad. De tu realidad. Es, digamos, una forma de configuración. ¿De la materia? No, no solo de la materia. Clara es una mente, una causa y un final. Es un alma. Es, también, Dios. Parte de mí.

Es un cuerpo celeste que ronda las habitaciones. Es una forma fija que sonríe. Está de forma permanente en mi vida, amando y siendo amada. Es una emanación pluriforme. Es una forma que tenemos de reflejarnos mutuamente. En nuestra mirada, en nuestro cuerpo. Es una estructura ósea de una determinada altura. Da una impresión empírica identificable y sostenida en el tiempo. Es mi acompañante y mi pareja. Más en particular clara es una chica y una mujer. En palabras viejas, es mi mujer. Es una persona determinada, sin predeterminismos, con la que me he unido. Es, entre otras cosas, la persona con la que duermo. Visto a la inversa, soy la persona con la que ella duerme. Dormimos, habitualmente.

Sustancialmente, Clara es una retención memorística. Es libros y dibujos. Son risas contenidas y sucesos extraordinarios. Es una forma de amistad definitiva. También es sueño y agonía. Es la única persona que conozco que nombra animales en los sueños. Y la única persona que conozco que es capaz de leer las mentes de los demás. Es gran parte de pasado, media taza de futuro y poco presente, como el humo. Es, aun así, un animal. Abre los ojos por la mañana y mira, huele, deambula, se defiende y defeca. Es, también, una forma determinada de andar, de hablar, de reír y de perderse. Es, a mis ojos, un continuo eternísimo tras el azul. Un sinfín de cariños. Dos sinfines de esperanzas. Es, conmigo, un ahora. Y, ahora, un constante. Es, como yo, otra forma de estar vivo.

Jose Miguel Sánchez Col

No más lágrimas

Epsilon

Un domingo en la mañana padre e hijo jugaron en el parque, el único día que tienen a la semana, un par de horas y nada más. El pequeño entre los brazos de su padre parece lejos de él, mientras giran sujetándose de las manos, con una docena de árboles contemplando sus juegos, y rayos de luces solares iluminando sus sonrisas.

Papá te quiero mucho, mientras lo abrazo fuertemente, tengo una sensación extraña en mi estómago que me atraviesa hasta la cabeza y solo escucho mi papá preguntarme si estoy bien ¿porque lloro?

No puedo contestar; pero ya quiero que sea domingo otra vez. Mientras la lágrima va recorriendo la mejilla del pequeño, el mundo

alrededor comienza a moverse mucho más lento, comienza a detenerse el tiempo. No puedo detestar más el viaje a mi casa, donde no puedo jugar ni hablar mucho, ni siquiera salir con mis amigos para no molestar a mamá y su esposo.

Papá me dice que me abrigue porque va a llover y está haciendo mucho frío, a mí me da miedo las tormentas por los truenos y relámpagos. A lo que más temo es no poder ver mucho a mi papá. Ahora mamá ya no se puede vestir como antes, ahora mamá ya no puede salir con sus amigas, ahora mamá ya no puede comprar las galletas de chocolate que tanto me gustan, ahora mamá ya no puede llevarme al parque a solas y jugar conmigo, ahora mamá ya no puede llevarme a la escuela como antes, ahora mamá ya no me puede ayudar con las tareas, ahora mamá ya no parece mi mamá, parece que mamá llora todas las noches.

HACIA

Hacia una eternidad
Que me da miedo,
Hacia ser parte de un recuerdo,
Que evoca a un pasado,
Hacia un lugar que no quiero,
Maldigo ese momento.
Hacia un lamento,
Que se ahoga en el tiempo,
Con el tiempo, por el tiempo.
Hacia ti voy caminando,
Las prisas las pones tú.
Yo solo marchó viviendo,
Y avanzo hacia donde esperas,
No sé si impaciente,

Te quiero lejos de mi presente.
Hacia un infinito,
Sin más allá.

Que no nos da para más,
Se corta, nos corta.
Hacia el polvo y la ceniza,
Hacia la certeza más dolorosa,
Nadie escapa de ti,
Nadie te quiere ni ver,
Ni oír, ni sentir.
Hacia el final de mi camino,
Hacia la muerte que alcanzará,
Pero tranquila no tengas prisa,
Quiero vivir mi vida.

NEWMAN

En la Cima

Daniel Libedinsky Walersztajn

Hace ya años, cuando aún era un niño menor de diez años, antes de mudarnos de Punta Arenosa a una ciudad muchísimo más grande y cosmopolita, antes de que su Mirador Blanco dejara de serlo por falta de blancura y deterioro humano, había nieve. Punta Arenosa estaba cubierta de nieve durante varios cortos días durante el invierno y los automóviles necesitaban neumáticos con clavos para no perder la fricción necesaria y provocar un accidente en la esquina en la que se concentraba nuestra casa. Era grande y blanca, aunque no de ese brillante de la nieve, sino de uno opaco, que absorbía la luz en vez de reflejarla. Vivíamos en una zona segura, salvo por la equina en las que se intersectaban las calles Rodrigo Zambrano y Esteban De Mateo, nombradas así por dos de los

Era una zona hecha para gente trabajadora, que no tuviera miedo a enfrentarse a un clima amenazante y que constantemente frustraba las actitudes de incluso los más enérgicos y optimistas

primeros destacados ciudadanos de Punta Arenosa. La ciudad fue bautizada así por encontrarse en una saliente de la tierra hacia el mar que en sus inicios dificultó la construcción por la enorme cantidad de arena que se acumulaba en su estrechez terrestre por los vientos que soplaban desde ambos este y oeste. La esquina en la que vivía era lo único que provocaba cierto peligro durante mi infancia, justo eran los noventa grados de pavimento en los que se concentraban la mayor cantidad de accidentes automovilísticos de la ciudad. Por algún motivo extraño las personas eran incapaces de conducir correctamente justo ahí, a veces manejaban en sentido contrario y chocaban de frente, otras derrapaban al doblar e impactaban un poste. Aún así, nunca me ocurrió nada, a mi familia tampoco. A lo más me despertaba de noche sobresaltado por un estrepitoso choque.

Era invierno, y al igual que los años anteriores haríamos el camino de una hora en auto a Mirador Blanco, llamado así por ser un prominente cerro cubierto de nieve desde la que se divisaba tanto la ciudad como la naturaleza que la rodeaba. Los años anteriores había intentado subir hasta la cima del cerro con mi padre, mientras mi madre y mi hermana menor, aún incapaz de largas caminatas, consumían algo caliente en el único restaurante ahí arriba, pero yo nunca conseguía llegar a la cima, era demasiado para mis cortas piernas y aún inmadura edad. Este año esperaba lograrlo junto a mi padre, que terminaba por hacer el recorrido por sí solo, disfrutando la gran vista en su individualidad intocable ahí arriba. Por lo anterior, el traslado en auto esta vez me tuvo ansioso. Tanto que evité pelear con mi hermana menor en el vehículo, cosa que hacíamos

sin necesidad de pretexto y que enfurecía a mi padre mientras mi madre desde su asiento del copiloto intentaba separarnos recordándonos lo que haríamos una vez llegando al Mirador, prometiéndonos un buen rato. Más esta vez no fue necesario, me comporté completamente dócil y resistí a provocar a mi hermana para que ella diera el primer golpe, el cual daría derecho a responderlo de acuerdo a las lógicas de la infancia.

El camino se sentía frío pese a la calefacción del auto. A ambos costados del camino había nieve amontonada por los vehículos encargados de habilitar los espacios automovilísticos, pero aún así en el camino mismo quedaba aún un poco de ésta de color grisáceo, mezclada con tierra negra propia de la zona. Los árboles eran escasos y marchitos por el invierno, carentes de pájaros y de la mayor parte de las ramas en las que éstos se hubieran posado. Era una zona hecha para gente trabajadora, que no tuviera miedo a enfrentarse a un clima amenazante y que constantemente frustraba las actitudes de incluso los más enérgicos y optimistas. La vida allí era como la subida al cerro: se necesitaban clavos en los neumáticos y controlar las marchas del auto a la perfección para no cometer errores que en manos inexpertas podrían llegar a ser fatales. Aún así, era mi ciudad y sentía orgullo por ser parte de ésta, aunque mi físico fuera rechoncho y me enfriara rápidamente en el exterior, sin importar cuántas capas de ropa tuviera, y mejor ni hablar de mis orejas constantemente enrojecidas por el frío.

Una vez llegados pasamos un rato en familia en la cafetería, de firme madera acogedora sabiéndose hospitalaria, yo comiendo un cheesecake de frambuesa para tener energías para la gran subida. Mi madre y mi hermana siempre

se quedaban ahí y me preguntaba cómo la primera lograba entretenerse durante toda la espera. Quizás la clave estaba en que ella no la consideraba como una espera, sino que ejercitaba a mi hermana pequeña en el ejercicio de comunicarse verbalmente y, cuando ésta dormía, aprovechaba de leer un libro capaz de desafiar la intelectualidad de cualquiera, sin que el ruido del restaurante llegara a molestarla, es más, parecía inmune a éste.

Debido a la nevada de la noche anterior, a veces al pisar los pies se me hundían en la nieve y los gruesos y largos calcetines comenzaban a humedecerse, y continuaron mojándose cada vez más una vez comenzada la retadora escalada a lo que para mí a esa edad era un Everest, sin embargo estaba decidido a llegar a la cima.

Recién comencé a sentir cansancio a la mitad del trayecto. Lo consideraba un logro, ya que usualmente mis piernas partían por sentirse pesadas al tercio o dos quintos de la subida. Aún así, no negaré que sentí miedo de no ser capaz de terminar, tal como en ocasiones anteriores. A esa preocupación natural se sumaba otra: mi padre nunca esperaba a nadie al caminar, era su ritmo siempre el que se tenía y si no se estaba a la altura de éste no quedaba más que rezagarse, porque él no esperaría, no habían excepciones con nadie. Las veces anteriores no es que camináramos juntos hasta que yo no pudiera más, sino que lentamente yo me iba quedando atrás hasta que finalmente me detenía, al comprender la futilidad de mis esfuerzos por intentar acompañar a mi padre en la subida del cerro. Sin embargo estaba decidido a que ésta vez no ocurra eso. Iba a llegar hasta el final y ser considerado por él como su igual, como alguien que está a la altura de las circunstancias y que responde cuando se le desafía. Quería ser alguien de palabra.

Salvo por unos pocos esquiadores que bajaban el cerro en una zona demarcada paralela a la nuestra, a esta hora,

Decidí preguntarle a mi padre cuanto faltaba y, con una voz que consideré tranquilizadora, quizás orgullosa, dijo que poco. Sus alentadoras palabras renovaron mis energías

una antes de la habitualmente empleada por mi familia para almorzar, no habían más caminantes. Las otras veces quizás habían un par de esquiadores más pero nunca los suficientes como para hacerse notorios, era más bien un panorama creado por mi padre, el subir a pie este cerro. Él era así, era un diseñador de eventos en los que no tenía problema en si se le acompañaba pero tampoco se quejaría si él era el único participante. A fin de cuentas el diseño era el mismo en cualquier caso, no habían modificaciones a sus planes por la cantidad de integrantes que hubieran.

Mis piernas ya se sentían doloridas, mis tobillos en particular por el ángulo de subida y la presión que ejercía sobre ellos. Entonces comprendí que si bien mi voluntad y resistencia habían crecido en relación a las ocasiones anteriores, mi técnica no había mejorado, y la sensación de impotencia por quizás no ser capaz de llegar a la cima me produjeron ganas de orinar. Cuando estaba ansioso o angustiado me surgía esa necesidad, con la presión del líquido cosquilleandome como hormigas mi miembro. No eran unas necesidades normales, sino que la orina hacía verdadera presión por salir.

Decidí preguntarle a mi padre cuanto faltaba y, con una voz que consideré tranquilizadora, quizás orgullosa, dijo que poco. Sus alentadoras palabras renovaron mis energías y sentí como la orina en vez de retirar energías de mis pasos para depositarla en mis esfínteres más bien la

concentraba en ellos, estaba inspirado y había llegado a un punto en el que el cansancio transformaba mis movimientos en automáticos, sin que tuviera la necesidad de recargar impulsos con cada paso que daba.

Y así, sin realmente esperarlo, sin mayor ceremonia, vi como la pendiente disminuía hasta que finalmente sentí como mis tobillos agradecían que el esfuerzo que realizaban se redujera. Era la cima. Comprobé que se daba naturalmente en este cerro, sin aviso, con fluidez. Aún así no me importó. Al contrario, sentía que la subida se había vuelto horizontal para darme la bienvenida especialmente a mí, como si fuera un monarca al que recibían con la desenvoltura de una alfombra para que camine sobre ella con mis pies ya completamente mojados, no sabía si por la filtración de la nieve o por el sudor, probablemente una mezcla de ambos, pero no me importaba. Lo había logrado. Mi padre finalmente se había detenido.

Por cerca de un minuto contemplamos en silencio la caminata que habíamos realizado, y debo decir que el cambio de perspectiva no la hizo una menor hazaña, la distancia entre donde estábamos y el restaurante del que partimos era palpable, el recinto era apenas una mancha en mi visión, casi oculta por la lejanía. Miré más a lo lejos, respirando profundamente intentado recobrar el aliento y vi la totalidad de Punta Arenosa y el mar frente al que se encontraba. La ciudad tenía la forma de un triángulo, con la mayor arista siendo la más lejana a la costa y las otras dos acercándose cada vez más hasta que se unían en el punto en que se llegaba al mar y del que si se retrocediera como en una línea recta ésta llegaría directo a mí. Entonces mi padre habló.

—¿Ves esa figura en Punta Arenosa que sube hacia arriba como una aguja? Esa es la iglesia del centro. Frente a ella están el ayuntamiento y la estatua al fundador. Si tomas ese punto de referencia y sigues la vista hacia la izquierda hasta un punto medio entre el punto de partida y los límites de la ciudad llegas a nuestra casa. No se alcanza a ver desde acá pero ahí está.

—Entiendo—. Eso fue lo único que se me ocurrió decir, no pregunté por los otros edificios que se podían distinguir. Estaba pensando en que yo era la primera persona a la que mi padre decía esas palabras en este lugar, si las veces anteriores él había emitido un sonido había sido para sí mismo, no para otro ser humano. Entonces volvió a hablar. —Voy a seguir caminado un poco más adelante para ver si hay algo interesante. Tú quédate acá. Si pasa algo grítame pero no te muevas de acá.

Le respondí con un asentimiento apenas audible y le vi alejarse como si recién empezara a caminar, como si la subida no hubiera existido y su respiración no hubiera cambiado en todo este tiempo. Al poco rato, por las ondulaciones del cerro en la dirección en la que mi padre siguió caminando, lo perdí de vista y estaba solo. No veía a ningún otro humano cercano a mí, solo a esos esquiadores mucho más abajo, y tampoco oía una voz. Estaba solo en la naturaleza y los sonidos de mi soledad me alertaron. Nunca había estado en una situación parecida. Hasta entonces siempre que estaba al aire libre o estaba en compañía de un adulto, usualmente uno de mis padres, o de otros niños mientras jugábamos en una plaza rodeada por más personas y los sonidos propios de una ciudad. Aquí no había nada de eso y me asusté. Me asusté tanto que olvidé que podía usar este tiempo para liberarme de mi carga y orinar en un árbol cercano. Era mi oportunidad, ya que una vez que mi padre volviera no podría lograrlo: aún no me atrevía a hacer mis necesidades frente a otras personas, pasaron años antes de que me atreviera a sacar mi pene de mis pantalones en un urinario de un baño público.

Mientras tanto, en el presente del pasado, simplemente no había esperado encontrarme en mi situación, en donde solo tenía que quedarme quieto por mandato de mi padre, que solo había seguido el camino forjado por su mente y que nadie más, ni siquiera yo, debía seguir, y las lágrimas mojaron mis ojos. No cayeron sobre mi cara pero en mi visión se formaron figuras geométricas que dificultaron mi visibilidad de lo que ocurría en mi entorno. Quería volver.

Lo más probable es que no hubieran pasado más de diez minutos, pero la dilatación del tiempo que sucede en la niñez se hizo más presente que nunca. Entonces vi a mi padre volviendo por donde se había ido, observándome. Por suerte desde que lo divisé a la distancia hasta que llegó a mi lado alcancé a secar mis ojos. Apenas se detuvo me dijo:

—¿Volvemos? No había nada muy interesante más allá.

Y eso hicimos, volvimos rápidamente, mis ganas de orinar disminuyeron en la bajada y todo fue expedito. Volvimos al restaurante en donde mi madre y mi hermana nos esperaban y la primera me felicitó por haber caminado hasta la cima. Al rato salimos, luego de que yo comiera unas empanadas de caracoles de mar que solo se encontraban allí y que saboreé más que nunca, nos subimos al auto y volvimos por donde habíamos venido al cerro, al igual que las veces anteriores.

Hubo solo un evento especial más ese día. Estábamos todos en el auto salvo mi madre, que estaba esperando en el restaurante a que le envolvieran unos dulces para mí y mi hermana, y a mi padre se le ocurrió una idea. Encendió el motor del automóvil y, mirándonos con una leve sonrisa por el espejo retrovisor, comenzó a dar vueltas en círculo por la nieve, cada vez más rápido, provocando que ésta saltara hacia los exteriores del círculo, como si fueran olas más blancas que la espuma. Todo estaba calculado claro, no habían otros automóviles cerca de donde estábamos nosotros y no había peligro de que alguien se enfadara, o eso pensábamos. Mientras tanto, tanto mi hermana como yo nos reíamos y mirábamos asombrados como la nieve saltaba como un géiser por donde el auto pasaba, al menos hasta que divisamos a mi madre. Ella estaba quieta, con una caja en sus manos, completamente cubierta de la nieve que el auto impulsó hacia ella sin que nosotros nos hubiéramos percatado de su presencia. Mi padre detuvo el vehículo avergonzado, aunque me pareció que complacido, y mi madre se subió a él, silenciosamente enfurecida con el infantil comportamiento de su marido, y nos dispusimos a volver imitando el rotundo silencio de ella.

Solo a mitad de camino de vuelta recordé que no había pasado al baño, y mis ganas de orinar se hicieron mas fuertes que nunca.

Quando Seamos Eternos

Quando seamos eternos,
las miradas serán parcas,
la voz falta de sentimientos,
no habrá asombro,
no habrá espanto,
el amor ya habrá muerto.

Quando seamos eternos,
el corazón, palpitará reseco,
seremos cuerpos entumecidos,
guiados tan solo por el deseo,
no habrá risa,
no habrá llanto,
el dolor ya habrá muerto.

Leijan

EL PAPEL*Ariadna*

Matilde reconoció que no tendría otra oportunidad, era una cuestión de vida o muerte. Mientras Ricardo estaba en el baño, tomó su cartera y el papel y salió así, como estaba, en pijamas y pantuflas. ¿Cuántos minutos tendría para llegar a la comisaría más próxima? El tiempo transcurría en contra suya, su marido pronto iba a salir a buscarla. Corría con dificultad, un dolor en el cuerpo la atenazaba. Entró a la comisaría blandiendo el papel como una bandera. Vio a dos agentes y se abalanzó sobre ellos alcanzando la hoja al más próximo que la tomó para leerla.

—Lo lamento —le dijo— sólo atendemos estos casos de lunes a viernes.

Desesperada, salió de allí sin rumbo fijo. ¿Sabría Ricardo dónde buscarla? Ella era demasiado predecible, él la conocía muy bien. Claro, tantos años juntos...recordó el día en que lo vio por primera vez. Estaba con su amiga, Romina, sentada en un banco de la plaza Urquiza. Era invierno y un tibio sol calentaba el paseo. Él se acercó para pedirles fuego. Matilde le dijo que ellas no fumaban. Ricardo les habló del tiempo, siguió con su música preferida, buscó un tema en su celular. Se escuchó la voz de Romeo Santos y comenzaron a bailar.

¿Qué había ocurrido para que ahora estuviese huyendo de él? El pasado y el presente se entremezclaban produciendo sentimientos tan contradictorios como había sido su relación.

Él la conocía tan bien... quizás sospechaba sobre lo que estaba urdiendo.

Todo había sido idea de Romina. Un día la llevó al estudio de una abogada. Y ahora estaba ahí, en pijamas, con el papel que sólo le serviría el lunes ¿qué iba a hacer? Matilde fue a sentarse en la vereda de un bar. Su cabeza comenzó a aclararse. Matilde le había hecho caso a la amiga. ¿Acaso no era mejor la muerte que esa lenta agonía?

Entró a un bar y marcó el número de Romina.

—Esperame, ya salgo para ahí.

Matilde estaba petrificada. Por una ventana había visto pasar a su esposo. Cuando llegó Romina, las amigas se abrazaron. Salieron del bar, estaban llegando al auto cuando apareció Ricardo.

—¡Perra! —gritó.

Sacó un arma de su cintura y disparó a Matilde dos veces. Ella se desplomó en la vereda. El hombre salió corriendo. Romina gritaba desesperada. Un policía llamó a una ambulancia. Se acercó un transeúnte, calmó a Romina y comenzó a hacer los primeros auxilios a la herida; para ello tuvo que abrirle los dedos y sacarle el papel que llevaba apretado contra su pecho. Se lo alcanzó a la amiga, ésta lo leyó. La angustia se transformó en rabia. Se lo alcanzó al policía.

—Tome, lea esto, aunque sea domingo.

Sorprendido, el hombre recibió ese papel blanco con letras negras, estaba lleno de sellos y firmas. Decía:

Resuelvo: Ordenar la prohibición de acercamiento del denunciado Ricardo Gutiérrez, en un radio de 100 metros de la víctima Matilde Solórzano. El personal policial deberá tomar todos los recaudos pertinentes.

Sacó un arma de su cintura y disparó a Matilde dos veces. Ella se desplomó en la vereda. El hombre salió corriendo. Romina gritaba desesperada.

Rebusque

Fidel

Contemplaba extasiada el cielo color añil. Y me quedé ahí, entendiendo que yo adoro a mi Brasil. Mi mirada se posó en la arboleda que existe empezando la calle Pedro Vicente. Como las hojas se movían, pensé: «ellas están aplaudiendo mi gesto de amor a mi patria». También podía oír el canto melodioso de las aves, cuyos nidos se hallaban contruidos sobre las ramas, en la parte más oculta de la arboleda, donde no llegaban las gotas de lluvia ni los rayos del sol. Era la confirmación de mi pensamiento, porque no sólo las hojas se agitaban vitoreando mi patriotismo, mi profundo cariño por esta tierra, sino que, además, me homenajeban con una sinfonía de silbidos agudos y rimbombantes de aquellas aves silvestres.

Lamentablemente, no podía quedarme más tiempo ahí, porque debía adentrarme en la calle y llevar el pan para la casa. Debía ser responsable y ganarme el sustento de mis hijos. «Mami, no se le olvide el cuaderno —también me pidió Juanito, el menor—. Es para la clase de matemáticas».

Sin ánimo de perder más minutos valiosos, me dirigí al mercado y compré una bolsa de tomates en promoción. Costaban seis reales, pero me los dejaron en cinco; era lo único que tenía. En seguida, me dirigí al semáforo de la calle Pedro Vicente y, cuando se detuvieron los carros, pasé junto a las ventanas de los conductores y ofrecí la bolsa de tomates a otro precio.

—¡El tomate! —pregoné—. ¡Lleve el rico y delicioso tomate!

Todos me ignoraron. El semáforo cambió a verde y en cuestión de minutos volvió a ponerse en rojo.

—¡Tomate! ¡Lleve el tomate delicioso!

—¿A cómo? —me preguntó una señora desde la ventana de su camioneta.

—A diez reales.

—Está muy caro.

—Por ser la primera venta del día, se los dejo en ocho.

La señora me dio el dinero y se los llevó.

Persigné los billetes en agradecimiento y volví al mercado rápidamente, al mismo puesto de verduras de antes. Pagué el real que debía y compré otra bolsa de seis. Ya tenía una ganancia de un real.

En el cambio del semáforo me atravesé en la carretera y ofrecí la bolsa.

—¡Tomate! ¡Tomate de la luna! —se me ocurrió decir para llamar la atención.

Un señor de un Volkswagen me echó pito.

—¿A cómo? —me preguntó desde su ventana.

—A diez reales, patrón.

—¿Por qué dice que son de la luna?

—Es que así se llama la finca donde los siembran.

El señor sonrió y me compró la bolsa.

Regresé al mercado y ahora pedí dos bolsas de tomate más.

Y como ya era cliente habitual del puesto de verduras y había demostrado mi honradez, me fiaron una tercera bolsa. Había quedado debiendo siete reales: uno, por las dos bolsas que pedí al comienzo, porque ambas costaban doce y yo tenía once; y seis, por la que me fiaron. Sin embargo, contaba con tres bolsas de tomates para hacerme la ganancia del día.

—¡Lleven la promoción de tomate! —exclamé en el semáforo nuevamente, justo cuando se puso en rojo. Nadie se interesó. En el siguiente cambio del semáforo moví mis caderas, brazos y piernas y bailé samba, mientras agitaba las bolsas de tomate en mis manos y me mezclaba entre los espacios que dejaban los carros. El conductor de un taxi sacó su mano por la ventana y me pidió que fuera donde él.

—¿Quiere la promoción? —le pregunté.

—¿Cómo es?

—Son a diez reales cada bolsa, pero le dejo las tres en veinticinco.

El taxista me dio el dinero y se llevó todo. La tarde estaba a punto de finalizar. El cielo ya no era color añil, sino un degradé entre cobalto y anaranjado. Por eso, fui al mercado antes de que cerraran y pagué los siete reales que debía. Con los dieciocho que gané, que en realidad habían sido trece, porque salí de la casa con cinco, compré el pan, el cuaderno de Juanito y huevos para los cuatro. Y como era menester regresar a la casa por la misma calle, las hojas de la arboleda volvieron a aplaudirme. «Ahora me felicitan —pensé—. Saben que estoy criando a los futuros próceres de mi patria».

Abrí la puerta de mi casa y me acomodé en la mecedora. Deseaba descansar. Me sentía agotada, aunque contenta. Apenas Juanito me miró, le entregué su cuaderno.

—Mami, ¿me ayuda con la tarea de matemáticas? —me pidió.

—No creo que sepa mucho de números —le dije, mientras me mecía lentamente—. Pero lo que sí sé, es vender tomates

Y como ya era cliente habitual del puesto de verduras y había demostrado mi honradez, me fiaron una tercera bolsa. Había quedado debiendo siete reales:

Junto a la roca

Junto a la roca te esperaba serenamente
Sin temer el mar embravecido de mi corazón
En la pleamar de tus ausencias y bajamar
De mis lágrimas y otras concupiscencias.

El sol del camino poniente dibujó
A contraluz tu silueta danzante acercándose
Como sombra iridiscente, sin negarme
Al frescor del baño de carne que tienta,
Al corazón y el corazón se entrega a tu sol,
A tu luna, a tu día, a tu noche. Horas.

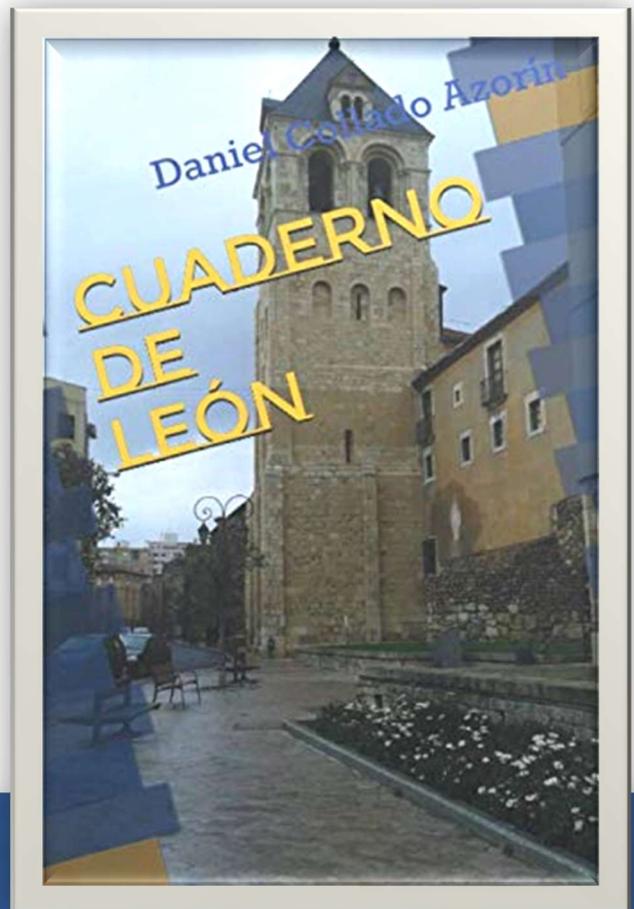
Eterno el instante en que uno en el otro
Fuimos lascivamente confundidos al mar
De un deseo que nos salva y promete
Y que es secreto guardado en la roca.

Tus aladas zarzas vaginales ardían
Llamando al templo para obeliscos
De un cielo sin dios, de un hambre sin pan,
De un agua sin mar siendo uno, siendo dos
Uno dos, uno dos, dentro fuera,

Ninguna frontera me dice que no soy
Y la noche del mar de hoy, luna llena,
Me hace ir y vuelvo y vuelvo y voy
Y salgo y dentro soy y en ti me encuentras
Y encuentro en mí tus puertas abiertas,
Faena del mar y en naturaleza somos
Raíz y tronco de agua y sal y roca y polvo.

Porque el mar quiere la tierra
Y le roba siempre sus orillas
E inunda siempre sus cuevas
Y te hace más tierra cuando se retira,
Y porque el cielo comprende nuestras brumas
Y oyéndonos acompasa la tormenta
Siendo rayos de fuego y carne de espuma;

A tus senos, a tu boca, loca mi cetro acercas
Y estalla la lluvia y posees cuanto doy,
Soy mi fiebre y mi cemento,
Y eres mujer
Que consigue cuanto quiere
Y eres hembra ladrona de cielos
Y eres esencia del cuerpo
Que da la vida y nunca muere.



Tercer poemario del autor (2017), formado por los poemas, 62 en total, escritos en la ciudad de León, donde vivió de 2014 a 2017. Se divide en dos partes: 1ª Diario de las virtudes olvidadas; y 2ª Alguien está en el silencio. Está dedicado, in memoriam, a Luis Javier Carro León, El Caminante, amigo del poeta.

Se trata de un poemario variado, original y rico en matices, en el uso de recursos, y de lectura fluida e intensa. La diversidad y manejo de las figuras retóricas es una de las características de la riqueza técnica de este Cuaderno de León.

Muestra una armónica unidad tanto en el tono utilizado, como en los temas abordados y el registro coloquial que ha elegido para escribirlos. Su mayor logro reside en su ritmo, en su registro, en el tono. La voz del hablante lírico recorre caminos familiares, evocaciones, extiende su campo de referencias a los espacios conocidos, a distintos temas de existenciales, amorosos y desde una subjetividad, en donde privilegia el uso de un hablante en primera persona; recorre temas como el amor, el valor por la vida, la calidad del ser humano; cuestionando la integridad de los sujetos y realizando, en ocasiones, su crítica social al sistema en el que vive.



UN LIBRO INEXISTENTE O CÓMO VIVIR SIN HILO

Reseñar un libro que no existe es, a priori, algo imposible. Más incluso — si acaso existiesen gradientes de imposibilidad— que construir una novela cuando se es incapaz de encontrar un hilo que entrelace las vidas y los días.

Y sin embargo este es precisamente el argumento de *Reseña de un libro inexistente*, la primera obra narrativa de Vera Acciaioli, una escritora poco conocida que hasta ahora solo había publicado poesía (*El sueño de los monstruos*, Luna de cosecha, 2016; *De escarcha para dentro*, Anunciata, 2018).

Ari, la protagonista de esta historia, es una periodista treintañera y precaria, cuya capacidad para construir historias parece ir decreciendo en la misma medida que aumenta su obsesión por la verdad. El relato comienza en el punto álgido de su angustia, cuando teme perder tanto su empleo como su salud mental, y la casualidad quiere que coincida con Theo, un incipiente crítico literario. Ari desliza una mentira como si de una tabla de salvación se tratara.

“ — He venido como prensa, espero estar pronto como autora. ¿Conoces a ese, ¿verdad? Es el editor de mi primera novela.”

Cuando Theo se ofrece a reseñarla en su blog en alza, sigue el juego, forzándose así a componer una historia que funcione y a conseguir publicarla. A partir de esta situación se desarrolla una novela corta, apenas ochenta páginas escritas como un cuento, en el que cada palabra apuntala el laberinto de Ari y, a la vez, cifra una experiencia universal: la dificultad para asir algo similar a la verdad, conocerse a uno mismo y dotar de sentido a la propia existencia. Con una forma y un lenguaje netamente posmodernos, Vera recurre al fragmento para construir los collages que Ari va formando con ansia de convertirlos en puzzles. Con ello nos ayuda a entrar en un estado de confusión y desasosiego, sin perder el sentido del humor, lo cual impone una cierta distancia más o menos frívola, a gusto y juicio del lector.

“ — *El hilo, May, el puto hilo. Estoy más perdida que el minotauro en su laberinto*”.

— *Pero, ¿qué dices ahora? Y ese, ¿no era el General? No te muevas, voy para allá.*”

Su amiga May, como una especie de Sancho, es el único asidero que ancla a Ari a la comprensión pragmática del mundo que la rodea y de sí misma.

“ — *Qué importa el hilo. Hay muchos posibles. Coge el que sea. Al fin y al cabo, cada quién cuenta la feria según le va, que diría mi madre. O lo que es lo mismo, puestos a que todo sea más o menos mentira, elige la que más te guste*”.

Reseña de un libro inexistente tiene algo. Se trata, sin duda, de un ejercicio virtuoso, sincero y descarnado que intenta ponernos frente al espejo. Sin embargo, en algunos momentos, la atmósfera de confusión se sobregira y la historia resulta confusa en sí misma. Por otra parte, como en un cuento, cada detalle aporta significado, nada sobra, pero a la vez el lector, o este lector al menos, agradecería de vez en cuando un respiro. En cualquier caso, consigue el objetivo: mantiene la tensión y nos invade la incómoda sospecha de no saber dónde termina lo que damos por cierto y dónde comienza el reino de la invención subjetiva. Y en esa ambigüedad, cualquiera, incluso Vera Acciaioli, podría tener algo de Ari y, el que escribe, algo de Theo. Una autora a la que conviene seguir la pista.

Reseña de un libro inexistente tiene algo. Se trata, sin duda, de un ejercicio virtuoso, sincero y descarnado que intenta ponernos frente al espejo

Irene Ortega Guerrero

LALESKA CUBA

TALÓN DE AQUILES

Los surcos de sus manos cálidas decían mucho, sin hacer demasiado esfuerzo, sobre todas las experiencias que había vivido. Cada vez que papá o mamá se marchaban y no había quien se hiciera cargo de mis hermanos y de mí, nos contaba sobre sus encuentros con seres extraños o, en otras ocasiones, cuando la tristeza lo sobrepasaba, rememoraba la rudeza con la que lo habían educado y comparándolos, siempre pienso que hubo una gran diferencia entre ellos dos, pues mientras que su padre “era un tipo muy rudo y estricto” - nos decía - él era todo lo contrario; un hombre que había vivido carencias de todo tipo, pero que había sabido salir adelante, ser un buen hijo y sobre todo, un buen padre. Un hombre al que, cuando apenas y aprendía a hablar sin trabarme, solía preguntarle por el color de su cabello y su bigote y él, inventaba historias fantásticas para mí, y decía que cierto día en el que caía una voraz nevada, su compañera lo había dejado fuera de casa durante mucho tiempo, tanto, que había terminado por decolorársele el cabello y el bigote. Con cuánto orgullo contaba sobre todas las carreras que había ganado; era un buen maratonista cuando joven, de esos que ya no se ven hoy en día; tenía una sonrisa tímida y los rizos de su cabello aún lucían tan negros como la noche, de seguro con esto sumado a su sencillez y buen corazón, había terminado por conquistar el corazón de su amada.

Los años pasaron y yo ya podía hablar más que bien, él aún seguía presente en cada uno de mis días y mis logros, que se traducían a un cálido abrazo, unas palabras de aliento diciendo cuán orgulloso lo hacía sentir y un beso en la frente. Ahora que lo pienso, puede que sea él al único hombre al que, hasta ahora, le permití expresarme su cariño de manera tan completa y luego, sentir una inmensa paz en el corazón.

Pronto, la desgracia lo alcanzó y el destino, Dios, o quien sea que esté allá donde van todas las almas buenas, decidió darle una gran lección arrebatándole a tres hijos suyos y como es lógico, un gran pedazo de su corazón se fue con ellos en cada una de esas veces. La depresión los alcanzó a él y a su compañera de vida. Y aunque todavía, todos en casa seguíamos siendo partícipes de sus mil y una bromas y ocurrencias, era cada vez más difícil verlo ser feliz completamente. Lo encontré muchas veces derramando lágrimas de impotencia junto al altar que había construido para honrar la memoria de sus hijos y yo que solía, por entonces, tener más días malos que buenos; el hígado en la mano derecha y a la mala suerte en la izquierda, incómoda por escuchar sus lamentos continuos, solía reprochárselo y él, callado y cabizbajo, no me decía nada, quizá porque no podía explicarme con palabras el tamaño del dolor de su pérdida y yo no hubiera podido comprenderlo tampoco; duraba unos minutos más lamentando su suerte, secaba sus lágrimas y volvía a sus quehaceres. Pero, años más tarde, la situación cambió y poco después de su última invitación a desayunar la cual rechacé, sin ser yo adivina y que, gracias a eso, ahora guardo un amargo sentimiento en mi baúl de culpas; un doloroso dieciocho de julio me alcanzó y lo vi partir por la puerta de nuestra casa y por más que esperé por él, ya nunca más lo vi regresar. Recuerdo que en el momento en el que dijeron que se había marchado para siempre, sentí una gran desesperanza y mis ansias por vivir alcanzaron su nivel más bajo; había quedado huérfana de corazón y aunque ese mismo día, mi padre

de sangre volvió a casa y me cobijó entre sus brazos para consolarme, nada se sintió igual. Veinte días después, su compañera de vida y lucha lo siguió. Por ambos, comprendí el significado del amor verdadero y eterno y los vi encarnar el “hasta que la muerte los separe”. Casi tres años después del fatídico día, todavía estoy echándolo de menos y su ausencia sigue siendo mi más grande debilidad cual “talón de Aquiles”. Su partida aún duele como si hubiera sido ayer y, por fin, me encuentro comprendiéndolo un poco; encerrada entre cuatro paredes, donde mientras redacto estas memorias, un lacerante dolor oprime mi pecho y el dolor de mi impotencia se vuelven lágrimas, que, aunque nunca lo traerán de vuelta, me hace pensar que tal vez, desde donde esté, él no me juzga como lo hice yo una vez y que, al contrario, deja un momento la calma y quietud de su lugar de descanso, para venir a secar mis lágrimas sin que pueda verlo o sentir sus manos en mis mejillas. El día nublado se siente frío y triste por los recuerdos, el cielo me acompaña también y llora conmigo...



“Lucio Fernández y Teresa Canchari, in memoriam” Laleska Cuba Fernández Ayacucho, Perú

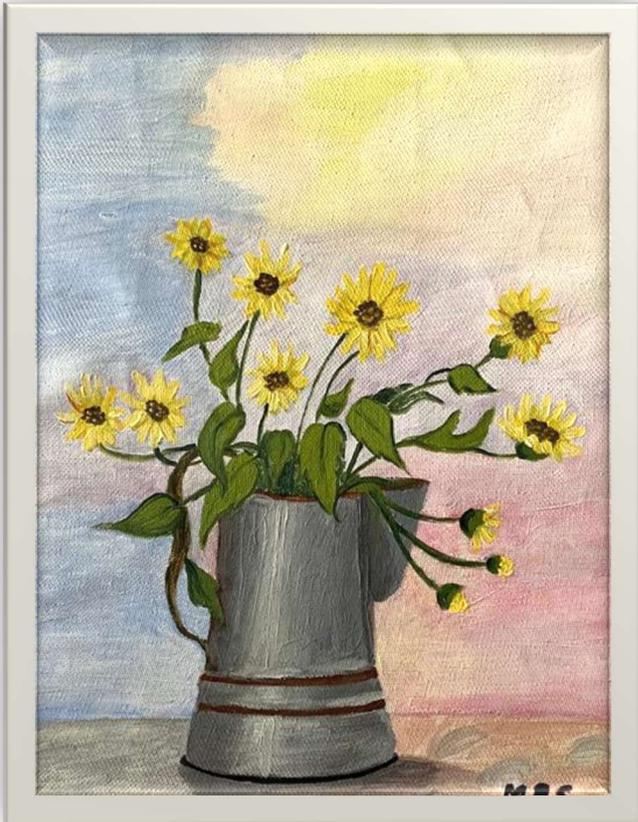
AMOR SIN MEMORIA

Fernando Méndez Germain

Ella le dijo un par de palabras cariñosas, lo arropó, preparó su medicación y le besó en la desmemoriada y arrugada frente. Él, aturdido, reparó en ella y la miró con embeleso, arrebolado; sorprendido de que a sus años todavía pudiera tener ese tipo de sentimientos hacia una mujer. Percibió en la neblina de su consciencia cómo crecía el ritmo de sus pulsaciones y cómo se acaloraban sus mejillas. Intentó rebuscar en su memoria, pero fue del todo inútil: solo le llegó entre cortinas espesas el aroma de pucheros humeantes y la música de un tango solitario. De haberla conocido antes, pensó, me habría casado con esta mujer, habría dado todo por ella, habría hecho de nuestras vidas una sola.

–Señora, ¿quiere usted casarse conmigo? –se atrevió a decir el viejo, en un balbuceo tembloroso.

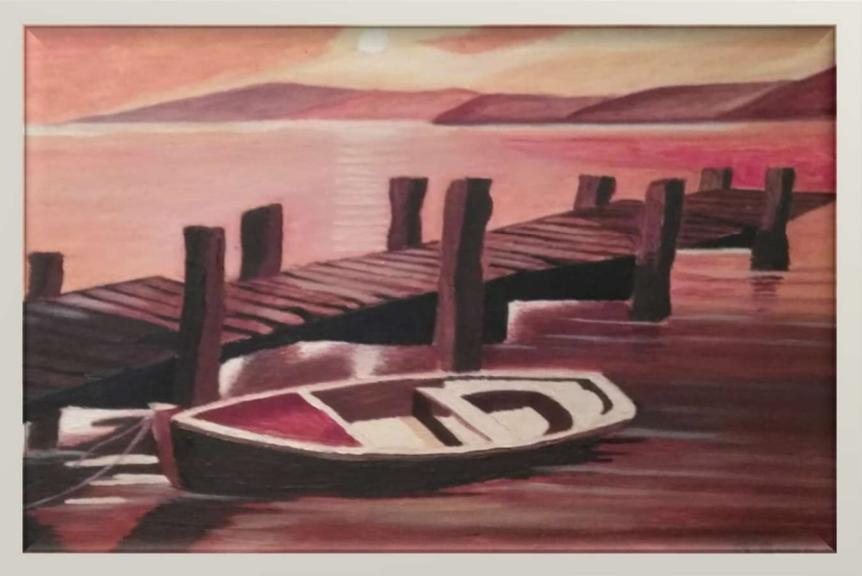
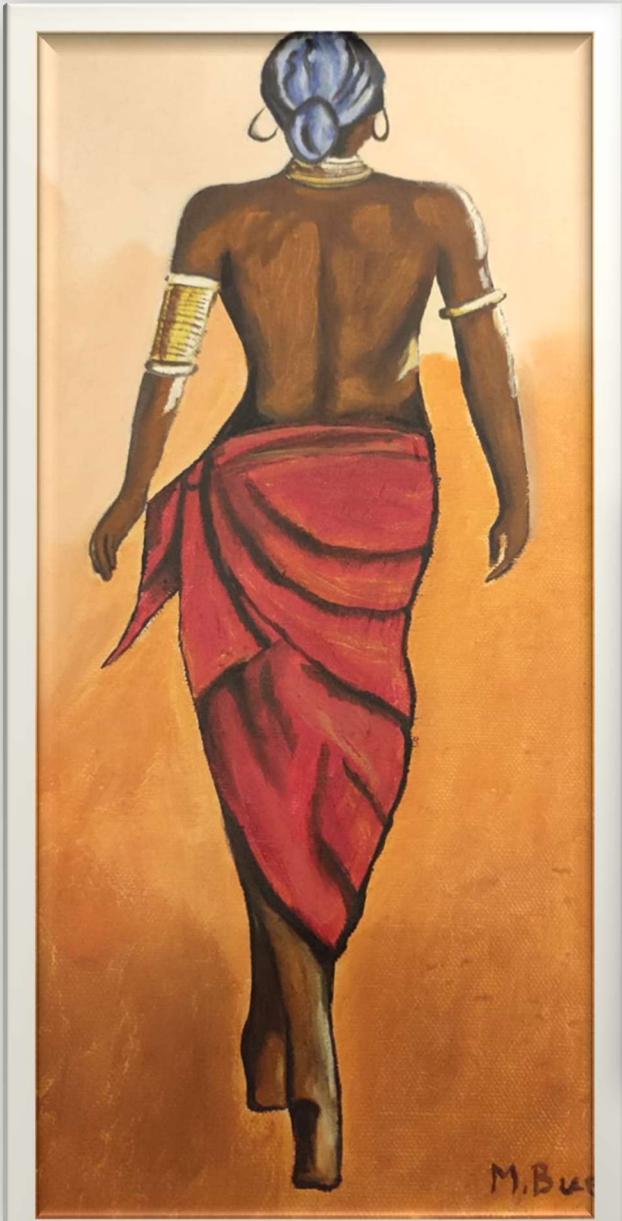
–Ay, pero qué cosas tienes, cariño, todas las noches igual. Anda, tómate la pastilla y duerme –contestó ella dulcemente, acostándose a su lado como cada noche desde hacía cincuenta y cinco años.

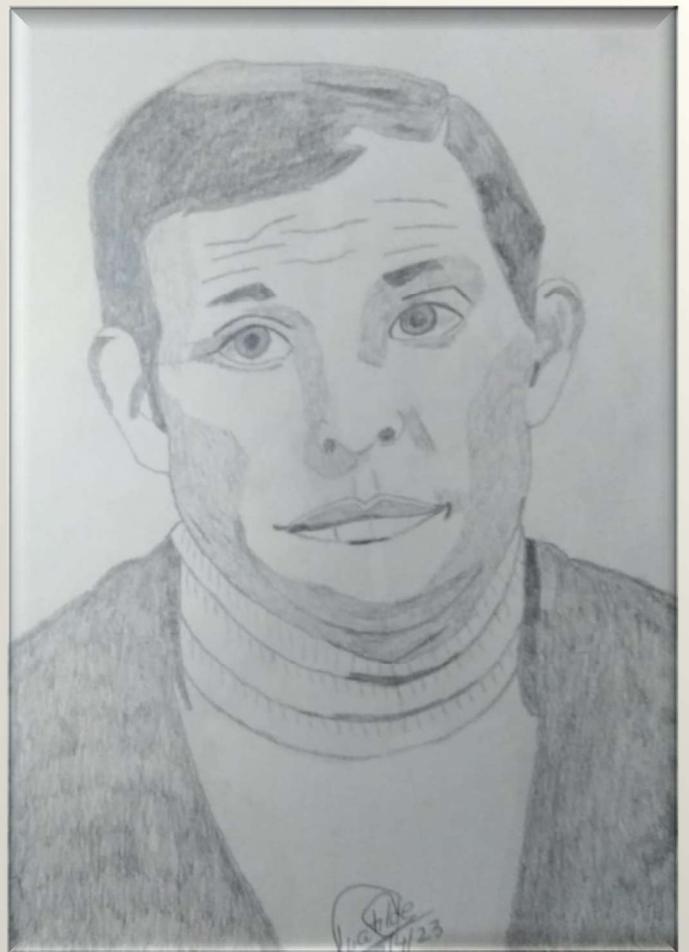
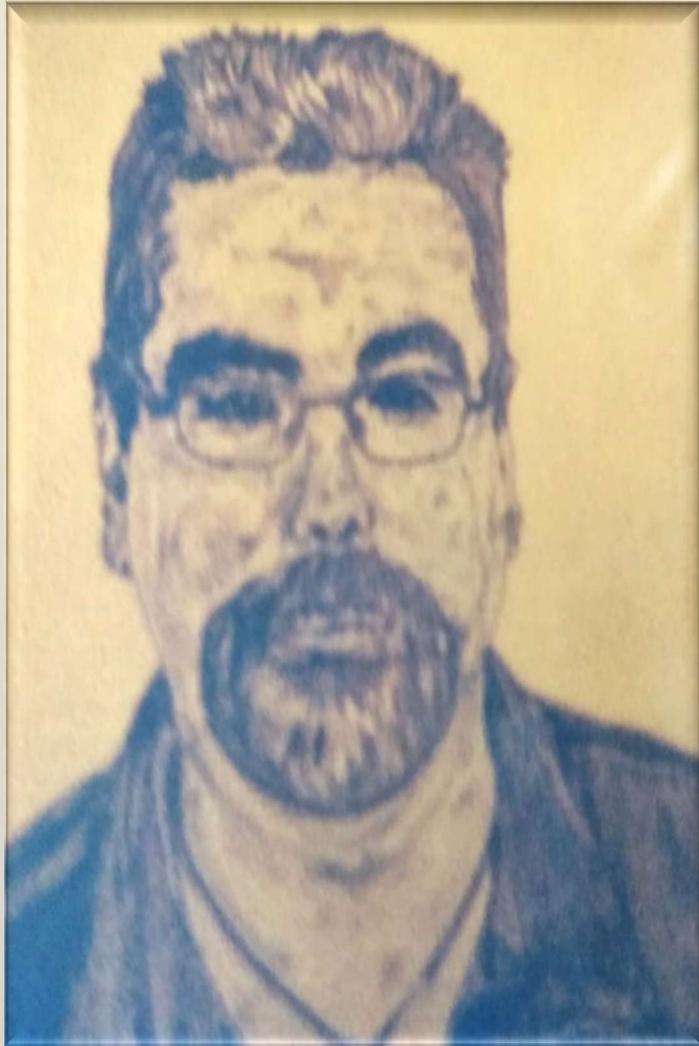
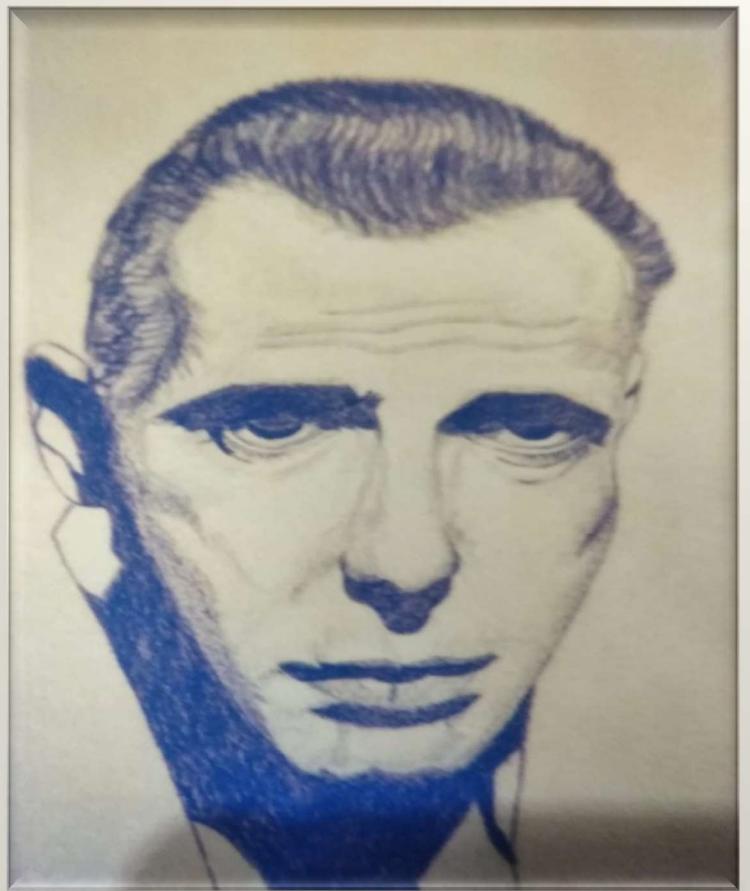
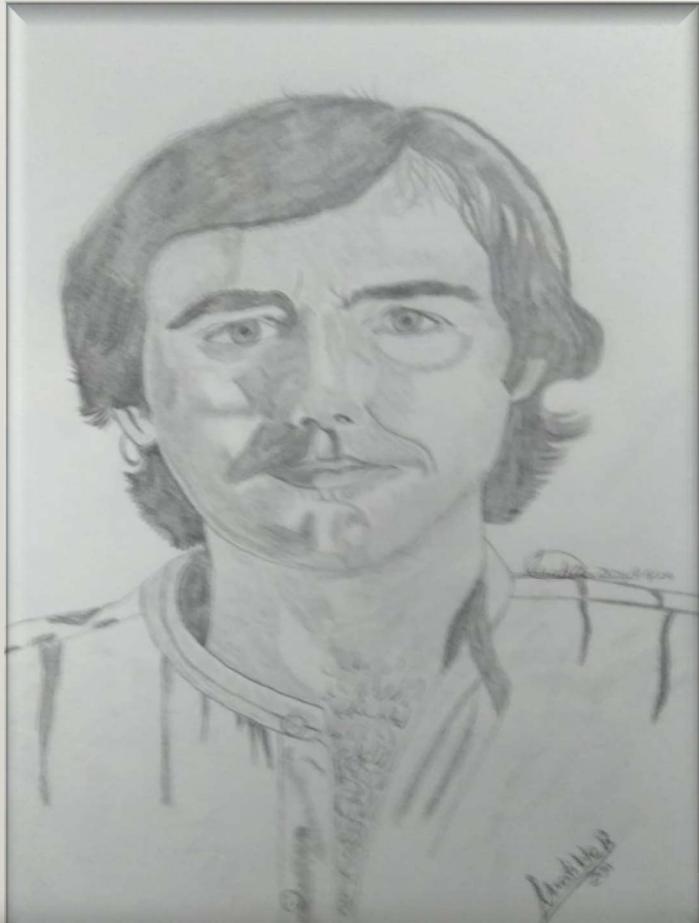


LA GALERÍA

La galería es un espacio de longitud diversa donde los artistas plásticos (pintores, escultores, fotógrafos, ilustradores) pueden mostrar al público sus obras

MATI





Cedá, Una Historia Confidencial

Jerusalem

“Mi lugar en el mundo”

Jerusalem fué un lugar que me impresionó inmensamente. A mitad de camino entre ciudad chica y pueblo grande, aire seco y limpio por la ausencia de grandes complejos industriales y la altura. Un cruce de rutas entre el pasado y el presente. Con sólo caminar unas cuantas cuerdas se viaja en el tiempo y a diferentes geografías. Los aromas, los sonidos, las vestimentas y los idiomas van cambiando a medida que se pasa de barrio en barrio, decenas de ellos en un radio de unos pocos kilómetros.

Ya sea tomando un café en la peatonal o saboreando el mejor humus en el barrio árabe de la ciudad vieja, uno no puede menos que sumergirse en la espiritualidad que lo abraza todo. La arquitectura es fiel a los miles de años de historia que las piedras de las fachadas relatan al que esté dispuesto a escuchar. Decididamente, una ciudad cautivante. Sentí que era mi lugar en el mundo.

Por ejemplo, en el edificio del Santo Sepulcro, pasando por una entrada lateral que el turista desprevenido ignorará, se entra en la iglesia etíope. Un lugar oscuro e intimidante, con aroma a incienso y monjes sentados en silencio como si fueran estatuas.

Después de la primera capilla hay que subir unas escaleras para sumergirse en otro recinto de rezos. Una puerta casi oculta conduce a una terraza inesperada por su amplitud y su vacío en un lugar tan densamente poblado. Por el costado derecho se ingresa en un área donde viven los monjes, en solitud y silencio, en casas pequeñas que parecen de adobe. Una vez superado el golpe de sorpresa inicial, se puede apreciar la serenidad y la paz del lugar. Unos bancos de madera invitan al descanso y a la meditación.

Estos lugares semi secretos para el turista medio, me producían sensaciones que no había conocido antes. Algo así como encontrar una parte de mí que yo desconocía.

(Continuará)

Dany Adatto



Pilar S.

La piel de Eros (V) Raúl Martín

Epílogo. No resta más capacidad de acción que huir de otras miradas de seguro vanagloriadas en sus improvisados escondrijos, creyéndose cazadores de un espécimen ducho en avistar el impío deseo hostil en su contra. Los lacayos de la familia habían menospreciado mis habilidades y, sobre todo, la paranoia que ellos mismos me habían otorgado una vez mis dedos se hubieron visto convertidos en ofrenda votiva para el altísimo. Lanzado a la carrera sin freno veo de reojo cómo se descubren de entre la maleza, perros de presa neuromodulados, impasibles ante el dolor, la fatiga y la emoción, quienes no descansan hasta completar su misión; parece que uno empuña algún tipo de arma.

En la carrera desbocada se quiebran ramas en mis piernas, en mi torso, en mi rostro. No importa, sólo es sangre caliente resbalando sobre mojado en las mejillas. Mis ojos queman de sudor. El pecho a punto de estallar. Pero debo seguir. Encontrar un sendero que se bifurque es mi prioridad, un recodo que me esconda por el momento. Martillean las sienas. Puedo verles de reojo, sentirlos apuntando a mi espalda, y el sendero se abre demasiado hasta desmigajarse y chocar contra un muro alargado, pero de baja altura, que señalará con seguridad la presencia de un acantilado. Sin más resuello en el cuerpo me dejo caer asomado sobre la fresca piedra del muro, en tanto oigo cómo los pasos de mis perseguidores trastabillan hasta casi detenerse, sabedores de mi nula escapatoria. No. Acabe como acabe, será a mi manera. Pongo los pies sobre el muro y me enderezo. Es un acantilado, como pensaba, que se precipita junto a un mar rocoso. El diario pende entre los dedos sobre las alturas. Seremos ambos arrojados junto a toda esperanza. Volverá ésta a ser guardada en una caja, y no causará ya más males que antaño prometiese mitigar. Traicionera. Qué infeliz de sueños inalcanzables. Qué jugador de pacotilla defraudado por su arriesgada apuesta. Yo elijo la manera de irme, la que espolea una venganza que clama justicia, pues una vez descienda a las moradas sombrías las vivencias que deje atrás serán mi arma, y bajo ella sucumbirá la familia. Además, cualquier otro final que me tengan deparado será mucho peor que despeñarme a voluntad, y tampoco quiero ofrecerles el gusto de haberme sometido a unas nuevas cadenas. Albergaba otra intención, llegado el postrero caso, materializada en un mensaje lacrado con el sello del anillo, para deleitarme en el padecimiento extra que ocasiona vislumbrar la desgracia cayendo sobre ellos.

No queda más remedio: en cuanto el contador llegue a cero sin haber recibido actividad por mi parte, el botón de hombre muerto abrirá todos los candados digitales que atesoran una plétora de información y pruebas recogidas con calma y celo, tal como exige el rencor. No quisieron relegarme a un plácido olvido y ahora mi nombre se recordará transportado por la fama de mi hazaña. Así es como siempre se acaba, desgraciado y con más dicha tras el óbito. Así sea siempre con los tiranos. No es original, pero es humano. Es quienes somos, es nuestra desconsolada marca asesina.

Los pasos se ciernen sobre la presa acorralada, la que da mejores dentelladas. “Baje de ahí” se atreven a decir. Miro el ocaso, una muerte que siempre trae una nueva vida. El cielo se abre por el peso de una fina lluvia que comienza a caer sobre todos, y el firmamento confluye con los tintes rojizos que surgen de un mar oscurecido.

Carta del editor

Hola a todos. Esta vez, ya puedo decirlo, todos los que fuisteis seleccionados para formar parte de la Revista Caminante ya habéis sido publicados al menos una vez. Espero que estéis contentos como yo lo estoy: ha sido una aventura apasionante leerlos, a tantos y tan buenas cosas... que cuando no estoy leyendo estoy pensando reportajes e historias que os puedan interesar.

Quizá os sea de interés que me he hecho socio de la Asociación de Escritores de Madrid y de la Asociación Poética Cervantina; y esto también es algo que a vosotros os puede interesar ya que me ha llevado a tener la oportunidad de participar en ferias de libros y micros abiertos diversos, obteniendo así una mayor visibilidad para mis escritos.

Siempre es conveniente estar organizado porque este es un mundo cainita donde abundan los que os van a querer sacar los dineros por un poco de publicidad y un trabajo que a poco que sepáis de informática y lengua es fácil de hacer por uno mismo. Conozco gente que paga hasta 700 y 800 euros por algo que no vale tanto y que es casi autoconsumo.

En septiembre volveré a hacer convocatoria pública de escritos a través de la página escritores.org, que es una herramienta que ha sido muy buena para ponernos en contacto. Sigo abierto a escuchar vuestros comentarios y sugerencias. Entiendo que no todos estaréis satisfechos de como quedó vuestro texto. No es posible gustar a todos y maquetar una revista que sea visual y literariamente atractiva tiene sus peculiaridades. Proximamente pondremos cada día una página de la revista con su autor, en Facebook para dar más visibilidad.

Un abrazo para el camino

DANIEL COLLADO AZORÍN

BIOARTIST

Daniel Collado Azorín nació en Madrid en 1970- Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de seis poemarios: *Ensueños de fría sombra* (2012), *Universo y corazón* (2016), *Cuaderno de León* (2017), *Antiguo, los poemas del cajón* (2018), *El cigarro de la cigarra* (2018) y *Alguien está en el silencio* (2022). Tiene tres antologías de sus versos: *Árbol de Líricas, Esencia, y Hermosía* (2023)

En prosa tiene editados un libro de relatos, *Todos eran mis alumnos* (2007) y una colección de retales periodísticos titulada *Lenguas de ocasión* (2021). *Tejerucho de Montijo* (2022) es su tercer trabajo en prosa. Edita la Revista de creación literaria y gráfica *Caminante*. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista *Sentimientos invisibles*.

Su página web es

escritordaniel.es



Las lágrimas de la sirena

Una vez, hace muchos años, en algún lugar remoto, digamos que, en una pequeña isla de Escocia, vivía una sirena con sus hermanas. Esta sirena era la más joven de todas, y por eso era regañada por las más mayores, ya que le gustaba salir de los límites permitidos de su archipiélago y nadar hasta que llegaba a la playa. Allí, se escondía detrás de las rocas y se dedicaba a mirar a los marineros que descargaban cajas de pescado para llevarlas al pueblo costero. Eran hombres algo bruscos, curtidos por la dura tarea de trabajar en el mar y lejos de sus familias, ya que el pueblo era extremadamente pobre y si querían dar de comer a sus hijos debían de pasar más tiempo en el mar que en la tierra.

La sirena iba al mediodía y en cuanto veía que el sol se empezaba a ocultar, volvía con sus hermanas. Hasta que un día, cuando el cielo reflejaba todos los tonos del ocaso en el agua, vio a un marinero al que nunca había visto hasta entonces. Era joven, mucho más joven y atractivo que los demás y en cuanto puso sus ojos sobre él, se olvidó del mar, de sus hermanas y de los demás marineros. Pero tras contemplarle unos minutos, anocheció y la sirena tuvo que volver. Más que nunca deseó volver a la playa. Y al día siguiente, allí volvía a estar él, descargando cajas del barco y riendo con sus compañeros. Pero al cabo de un rato, la sirena se aburrió de contemplarlo, quería interactuar con él. Por lo que comenzó a silbar. El marinero se percató de que había alguien silbando y preguntó a sus compañeros. Al recibir solo respuestas de que ellos no eran, la sirena rio y entonces el marinero la vio, escondida detrás de las rocas. La sirena sabía que debía huir, que debía sentir miedo, pero ella no era una criatura miedosa y escurridiza como sus hermanas. Sin embargo, no se movió y espero a que el marinero, completamente boquiabierto, se alejase de sus compañeros y acudiera hasta ella. Y así pasaron los días, las semanas y los meses. La sirena y el marinero se enamoraron, y él siempre iba a verla al caer el atardecer, cuando sus compañeros ya habían regresado a sus casas. La sirena estaba tan enamorada que no se dio cuenta de que cada vez acudían menos marineros al trabajo. Estaba tan ensimismada con William, que así era como se llamaba su marinero, que le daba igual los constantes reproches de sus hermanas.

Hasta que, pasado un año, William le dijo que se debía de marchar del pueblo. Ya apenas había trabajo en el mar, por eso casi no quedaban marineros. Aunque su amor crecía más con cada día que pasaba, el pueblo solo empobrecía, y William ya no tenía recursos con los que vivir. Sin embargo, él la prometió que, si alguna vez era posible, regresaría con ella.

Su despedida fue tan amarga y dolorosa, que cuando la sirena, escondida entre las rocas, le vio marchar en el último barco que piso ese pueblo durante mucho tiempo, lloró y lloró durante meses, tal era su dolor que sus lágrimas eran saladas, por lo que el agua del mar se volvió salada, especialmente la de ese mar. Por lo que la gente del pueblo, al percatarse de que ahora el mar era salado, empezó a usar la sal. Pronto los pocos marineros que se habían quedado en el pueblo, comerciaron con la sal pues su sal era la mejor del mundo. El pueblo se hizo el más rico de toda Escocia. Y al escuchar estas noticias, volvieron muchos de los marineros que se habían marchado. Así fue como volvió William, y aunque él y la sirena vivieron felices y estuvieron juntos toda la vida, el mar permaneció salado para siempre.

Noviembre

Querido

árbol

con estas letras de poetisa,
unas cuantas fotografías
y tu imperecedero recuerdo.

Ángela Landete,

Lovelace

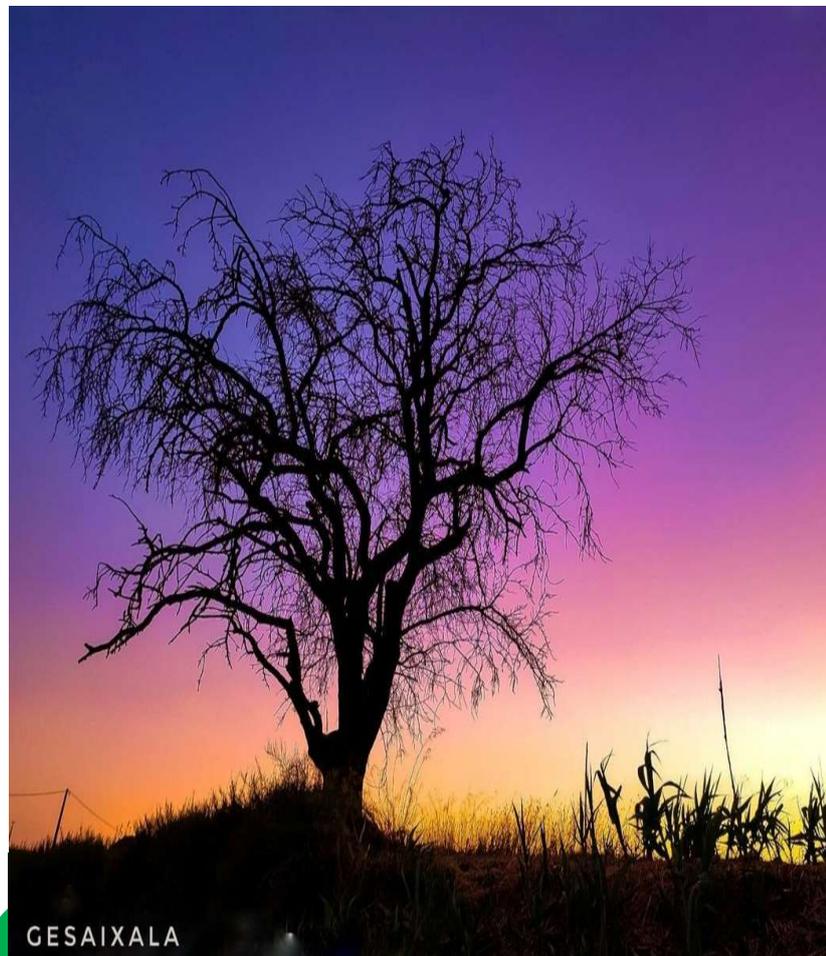
Me acostumbré a contemplar por entre tu follaje
el fulgor rojizo de un sol somnoliento.

Cuando las hojas cayeron para no brotar jamás
me conformé con el prodigioso espectáculo
ofrecido por el cielo,
allá donde los colores se funden entre ellos.

Más tarde las ramas también menguaron
y tú, mi árbol desdichadamente enfermo,
dejaste de ser lustroso y espeso.
Mi estima, mi admiración por ti no cambió,
enamorada como había estado durante largo
tiempo.

Hace apenas una semana, cinco días,
unos obreros convencidos de su labor
talaron tu tronco quebradizo y agonizante,
que ahora yace muerto.
No queda nada que me haga de ventana al cielo.

A tus raíces —imperturbables—
rindo honor



SER Y TIEMPO

Buscar el sentido no es tarea fácil,
fácil sin duda es vivir sin sentido.
Cerrar los ojos y caminar perdido,
andar vacío, no es un andar grácil.

Queda la opción de un mal compartido,
deriva de darle potestad al otro.
Si en su pecho mi corazón empotro,
es del encuentro camino invertido.

Otros dan materialidad al espectro
y lo pueblan de un trascender eterno,
algo que un intelecto que sea tierno,
rápido enaltece como maestro.

Hay incluso quienes como el invierno,
huelan todas sus posibles esperanzas,
viven sólo por sus hijos las bonanzas,
convirtiendo sus vidas en un infierno.

Retuercen el frágil fiel de la balanza,
negando vivir la vida por si mismos,
negando su vivir, cruel contorsionismo.
Proyectando de los otros la andanza.

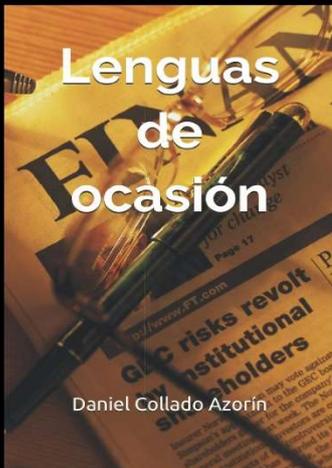
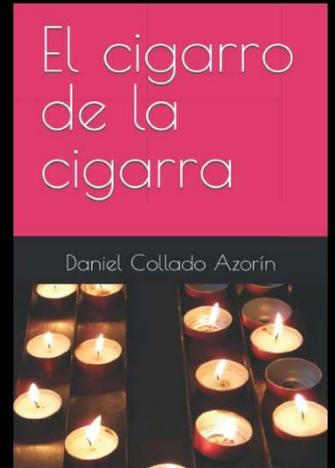
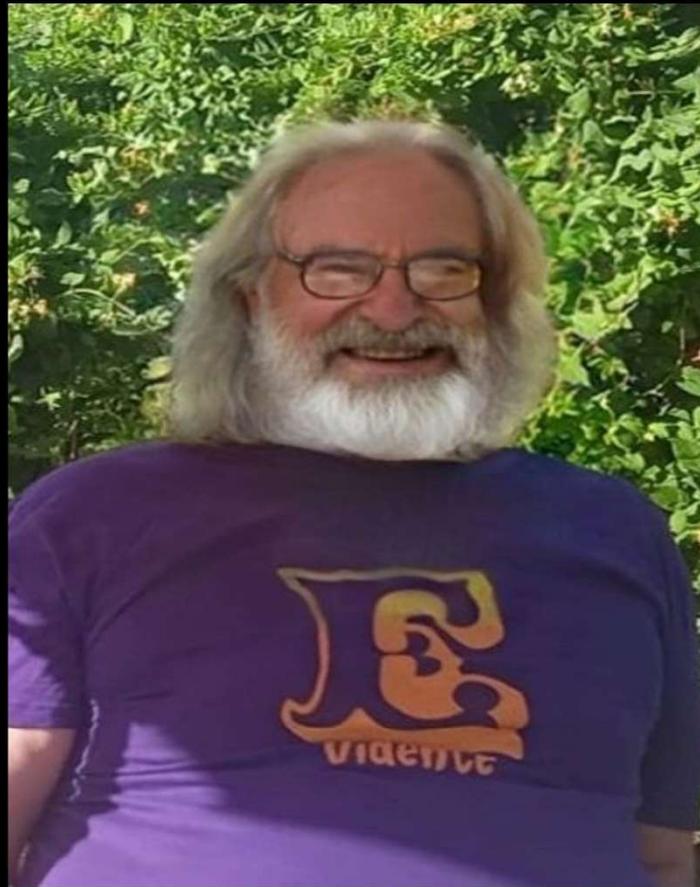
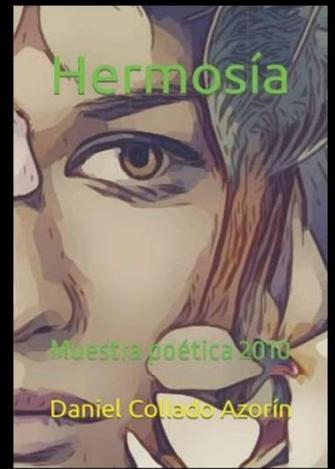
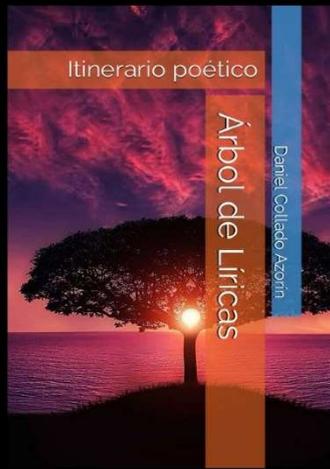
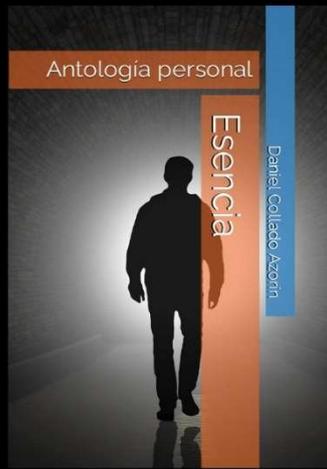
Nunca se acaba este dramatismo.
En ocasiones el dolor inhumano,
propicia que a la muerte des la mano,
mereciendo la pena el escapismo.

Somos de la verdad heroinómanos,
de la identidad somos dependientes,
defendemos con las uñas y los dientes,
papelinas para Ser, que nos fumamos.

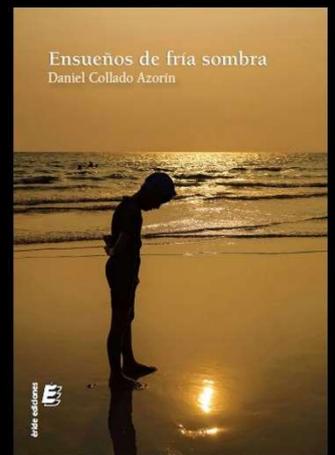
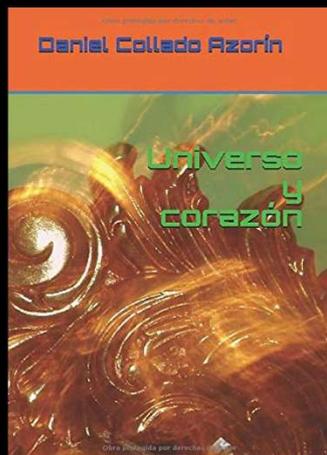
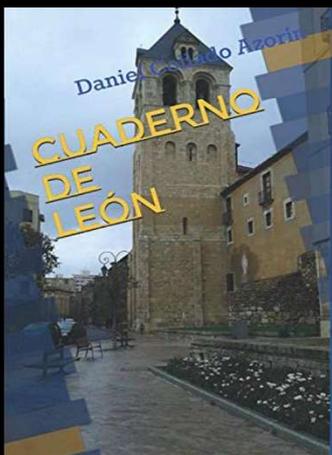
Única vía de ser inteligentes.
Vivamos nuestra vida cuán indigentes.
Contemplando lo ignoto muy sonrientes,
siendo de lo grande y lo breve conscientes.

Luis Mariano
“Lucho”





escritordaniel.es



Encrucijada

Tengo una flor de vidrio roto
y un pétalo sangriento
en el lugar donde antes tenía
un corazón.

Tengo un pedazo de tierra invisible
y un grito agudo
en donde antes había lágrimas.

Y tengo una luna incrustada
y una musa degollada
en el lugar donde antes tenía el alma.

Porque yo ya no soy yo.

Soy ese fantasma que transita entre el dolor
y la nostalgia.

Soy...

Aquello que llaman "nada".

Débora

Pol



Débora

El extraño

Jesús Miguel Martínez

Apareció en el pueblo un miércoles cualquiera, antes del mediodía. El primero en verlo fue Andrés, el mecánico, y no lo vio a tiempo; lo arrolló con la motocicleta en el rayado peatonal que está frente al bar de Chang, a una calle del mercado municipal, justo detrás de la comisaría. Ambos rodaron por el suelo. Andrés, se levantó de inmediato sin más consecuencias que un desgarrón en la rodilla del pantalón; por fortuna llevaba el casco puesto, cosa que no solía hacer muy a menudo, pues le aplastaba el peinado. El extraño quedó tendido en la calle, boca abajo y sin moverse.

La gente comenzó a agruparse alrededor del accidente, como moscas rondando un vaso de zumo de naranjas. Se les notaba inquietos. Ahí, tirado sobre su vientre, ya el extraño lucía extraño, aunque nadie hubiese podido decir por qué. Estaba vestido con unos vaqueros de color azul oscuro (de los que puede usted encontrar en cualquier tienda de ropa) no demasiado nuevos, pero tampoco muy viejos, llevaba unos zapatos de mediano uso no muy costosos, pero tampoco de mercadillo, y lo mismo podía usted decir de su camisa y su cazadora; todo tan normal que inquietaba. Alguien en medio de la confusión llamó a emergencias y, como el pueblo es chico, en dos minutos llegó la ambulancia y un segundo después la policía. Los paramédicos le dieron vuelta al hombre que ya estaba recobrando la conciencia y se sobaba la cabeza confundido. Una exclamación de asombro brotó de las gargantas de los concurrentes, los paramédicos enmudecieron. ¿Qué tenía ese sujeto? Ninguno de los presentes pudo decirlo y eso era algo que aumentaba el desasosiego general.

-Era "distinto", me dijo cuando la entrevisté, Juanita la del correo, una de las transeúntes que estuvo en el lugar del accidente. Estaba haciendo yo un reportaje para el semanario local. Un arrollamiento era algo inusual en la población.

Tampoco yo pude ver en él nada demasiado raro; pero, sin lugar a duda, algo tenía que si lo era. Se trataba de un hombre de esos a los que es difícil calcularles la edad, estaría entre veintimuchos y cuarenta y pocos; no era muy alto y tampoco bajo; su complexión

tendría que ser catalogada de normal, pues no era gordo ni flaco ni llegaba a ser atlético; su piel era morena, no negra ni olivácea, pero tampoco blanca del todo. A pesar de ese tono de piel y esos ojos castaños nadie hubiese podido asegurar que era árabe, o africano, o caribeño, o hindú; pero ninguno podría haberlo descartado. Si usted hubiese dicho que era del tipo mediterráneo o báltico o de Europa del Este, tampoco hubiese sido fácilmente contradicho. Lo que era innegable, y no me pregunte usted porque, es que era diferente.

Generoso Gras, el jefe de la policía local, que fue el primero en hablar con él, describió su acento como “curioso” y “chocante”, pero luego fue incapaz de explicar las razones por las que lo había calificado de esa manera.

Tenía acento, era indudable que no hablaba como los lugareños ni como los naturales del país; no obstante, su acento no correspondía con los que tenían los inmigrantes legales o ilegales más comunes; no cantaba las “eses” como los sudamericanos, ni arrastraba las “erres” como los rumanos, ni las suavizaba o absorbía como hacen los africanos; tampoco pronunciaba las “pes” con un sonido cercano al de la “be” como ocurre con algunos árabes. No tendría yo una manera mejor de definir su acento que, asegurar que no hablaba como ninguna otra persona que hubiese conocido. En realidad, según pude constatar cuando lo entrevisté, hablaba el idioma con total corrección, sin modismos ni contracciones, pero no ponía una palabra donde no correspondiese.

Despertó todas las alarmas y suspicacias cuando, en el centro de salud, recobró la conciencia por completo. El extraño no recordaba su nombre ni que hacía aquí ni de dónde venía, y no llevaba encima ninguna identificación. No recordaba haber salido de ningún lugar rumbo a ningún otro. De hecho, Andrés aseguraba que se había materializado delante de él, frente a la motocicleta, sobre el paso cebra; sin embargo, dejando al margen que esas cosas no suceden, hay que señalar que el mecánico venía más rápido de la cuenta, y que no se detuvo en un paso de peatones, y que andaba con una resaca de aúpa por las cañas que se había tomado la noche anterior.

El jefe de la policía le pidió al extraño que permaneciese en la emergencia hasta que él volviese con el material para tomarle las huellas dactilares, y le exigió que no abandonase el pueblo sin su permiso. El sujeto lo desconcertó al asegurarle que no pensaba marcharse, porque no recordaba que tuviese nada que hacer en ningún lugar. El jefe Gras, según me contó mucho después, pensó que sería mejor acompañarlo al linde del pueblo y hacerlo caminar por la carretera rumbo a la sierra, hacia la capital, y no marcharse de ahí hasta haberlo visto desaparecer. Sin embargo, al ser esto algo reñido con la legalidad, decidió llevárselo detenido y recluirlo en una de las celdas de la comisaría hasta que llegase la confirmación de identidad desde la jefatura superior de la policía.

-No puedes encerrarlo por no tener documentos -le recordó Pilar, la doctora que estaba reconociéndolo en el centro de salud-. Y mucho menos por que te parezca raro.

-Pero puedo pedirle que me acompañe para tomarle las huellas y facilitar su identificación -insistió-. ¿O tiene algo que según tu criterio lo obligue a permanecer internado aquí? -había cambiado de opinión y no quería perderlo de vista.

-La verdad es que no tiene mayor cosa, apenas una contusión en la cabeza -reconoció la doctora Pilar, a quien el extraño tampoco le hacía mucha gracia-, ni siquiera el chichón es grande.

-¿No da para perder la memoria? -indagó el policía.

-No se sabe que tan grande ha de ser el coscorrón para que se te borre la memoria -admitió encogiéndose de hombros-. Lo más probable es que recuerde todo de golpe en las próximas horas, si es que la amnesia es por el arrollamiento. A lo mejor ya no recordaba nada antes de que Andrés se lo llevase por delante.

-Es raro que alguien aparezca si como así en el pueblo -masculló el uniformado.

-En este pueblo desaparecen una o dos personas cada año -mencionó la doctora-. Eso es mucho más raro ¿No te parece?

-Más o menos -aceptó el policía no muy convencido-. Hay gente que quiere marcharse del pueblo.

-¿Sin decir adiós ni dejar rastro? -era una pregunta que no aspiraba a una respuesta.

-¿A ti no te parece raro el tío?

-No sabría decirte..., un poco si... Definitivamente, no es como nosotros -terminó por reconocer la doctora.

El extraño acompañó al jefe de la policía de buen grado. Sonreía a la gente, miraba todo con curiosidad y no parecía tener prisa por hacer nada diferente a lo que le pedían. Le tomó las impresiones digitales y las mandó a la jefatura superior en la capital. Al extraño lo acomodó en uno de los tres calabozos que había en la comisaría y, sin cerrarle la puerta, lo dejó recostarse en el camastro. Un par de horas más tarde llegó la llamada de la unidad central de inteligencia: las huellas del extraño no estaban en el sistema. Habían solicitado información a la Interpol. Le pidieron que le tomase una serie de fotografías al rostro y a las partes del cuerpo donde tuviese señas particulares, y que no lo perdiera de vista hasta que tuviesen una identificación definitiva.

¿Señas particulares? Fue al calabozo y le pidió que se desvistiera. Si le parecía un tipo raro, luego de ver aquello no pudo menos que concluir que era un sujeto insólito, y su temor y suspicacia llegaron a extremos delirantes. El extraño no tenía ni una sola cicatriz en su cuerpo; alguna roncha, sí; algún arañazo, también; el bulto por el golpe en la cabeza.

Pero ni una sola peca, ni un lunar, ninguna marca que fuese permanente; su seña particular era la ausencia de señas particulares.

El extraño comía, dormía y se aseaba en la comisaría. Con el paso de los días los vecinos de la comisaría comenzaron a pagarle para que realizase los pequeños trabajos que a ellos les incomodaban. La solución era honrada, ya que el hombre no tenía ni un centavo. Comenzó por barrer el frente de las tiendas y lavar algunos coches para terminar haciendo trabajos de plomería, reparaciones eléctricas y hasta algo de mecánica automotriz, parecía que todo se le daba bastante bien y tenía un olfato especial para dar con las fallas de las cosas.

Se comportaba amablemente con la gente que lo trataba con distancia o indiferencia, era afable y preguntaba por todo con curiosidad, aunque nadie se molestase en responder sus preguntas. La desconfianza de la gente no mermaba ni un ápice, y él parecía no darse cuenta de ello, o al menos lo disimulaba divinamente bien. Las miradas de soslayo, los cuchicheos que se prendían a su paso no le despertaban ningún malestar. Ni siquiera se inmutaba cuando, al sentarse en el bar, los clientes de las mesas aledañas se levantaban para ir a sentarse en otro lugar. Al principio, Chang, el chino dueño del bar, tardaba en atenderle para ver si le daba por largarse a otro sitio, pero al ver que permanecía allí, imperturbable hasta ser atendido, entendió que mientras más rápido le sirviese más rápido se marcharía.

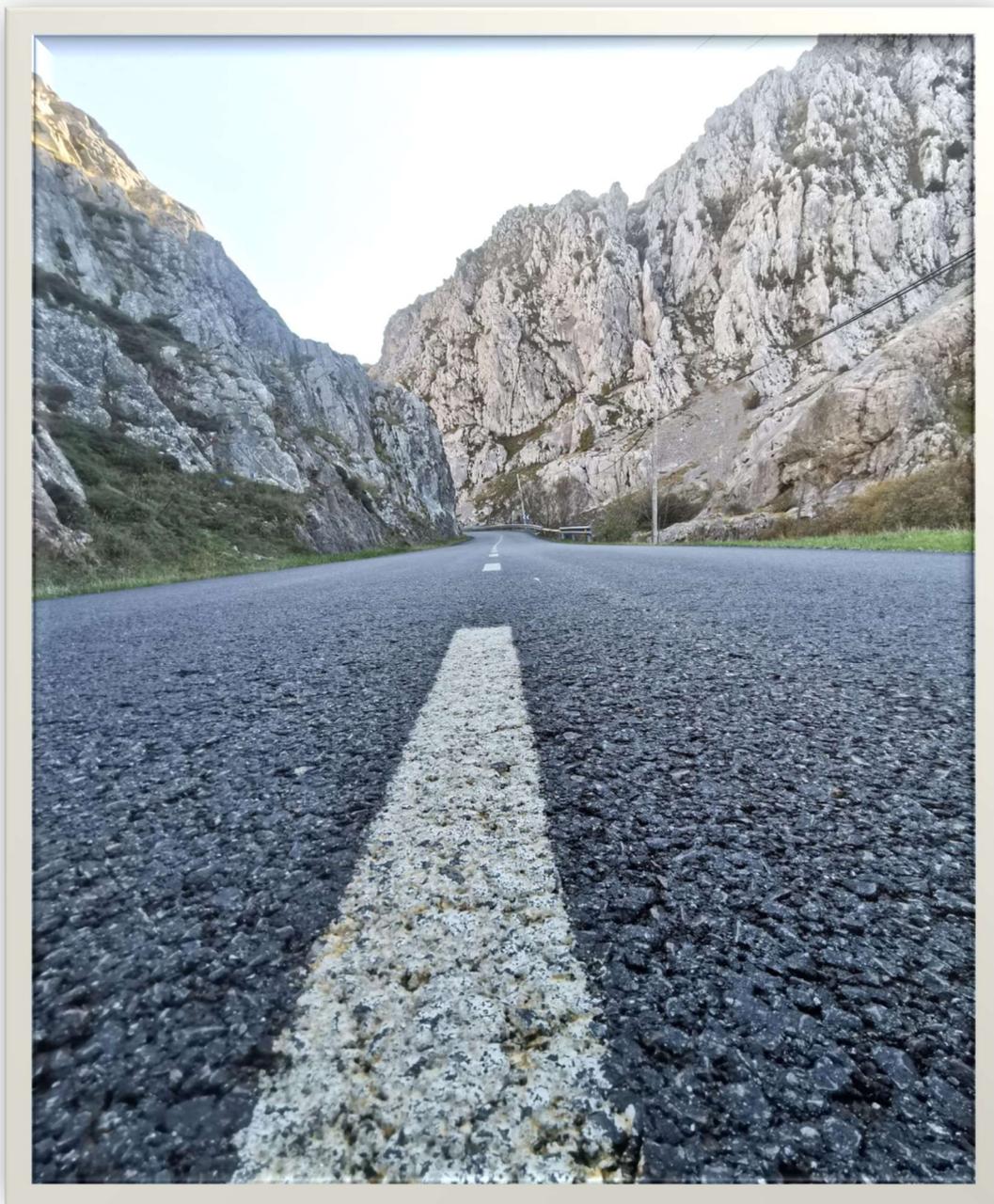
Llevaba seis meses en el pueblo y todavía decía no recordar nada de su vida antes de llegar a allí, tampoco habían podido identificarle; de hecho, las autoridades perdieron el interés en ello y los vecinos jamás lo tuvieron, ya que ninguno de ellos lo llamó nunca de otra manera que emitiendo un seseante "psst". En seis meses no había hecho un solo amigo, ni había conseguido un trabajo que pudiese calificarse como tal. La alcaldesa, por congraciarse con los votantes, le había rentado una pieza que tenía en un taller aledaño a la alcaldía. Le pagaba por hacer una multitud interminable de tareas pequeñas, ya que de esa forma evitaba que le diese por ponerse a pedir, cosa que por otra parte no parecía estar en el ánimo del extraño.

Lo más notable que sucedió en el pueblo en ese sexto mes fue algo que marcó la vida de los paisanos por décadas. Si la aparición del extraño fue un acontecimiento perturbador, lo fue más su repentina desaparición. La última persona en verlo fue Lucrecia, la peluquera. Según comentó, cuando el jefe de la policía instado por la alcaldesa, comenzó a interrogar a los vecinos investigando el paradero del extraño, lo vio

cruzar la calle frente al bar de Chang, poco antes del mediodía rumbo al mercado municipal, como hacía todos los miércoles.

Yo también entrevisté a los vecinos, cubría la noticia para el semanario del pueblo, siempre atento a las apariciones y desapariciones de la gente. Nadie parecía tan contento con su ida como pensaron que iban a estar. Quizás el sentimiento local lo resumió de manera muy fidedigna una frase de Alberico, el farmacéutico:

-Dicen que en este país somos xenofóbicos, no me lo parece. Por mí que digan lo que quieran, pero es evidente que, a esos, a los extraños, es mejor tenerlos a la vista, tenerlos vigilados; uno nunca puede esperar nada bueno de ellos.



Septiembre

Las paredes de mi tráquea se descosen.
La fibra de las palabras retenidas
En el tiempo erupcionan
Mis labios exhalan las cenizas
De tu beso marchito
Caminante de parques
Ausentes del guayacán
Pateando el tiempo
Y los rastros de alegría que guardaba.
Estas calles no me conocen
Pero saben que traigo
Una piel de montaña y cafetal.
Los autos llevan las ventanas oscuras selladas
Y cruzan los semáforos en rojo
En una carrera que le descubre
El rostro a la muerte.
¡Como si esta tierra no estuviera harta de tanta muerte!
Deambulando por la candelaria
Árboles deshojan el tiempo
Y las empedradas calles
Golpean mis pasos
Y Martha me abraza
Al filo de este exilio.

Lena Barloz